

CAROLINA MICHAËLIS DE VASCONCELOS Y LA LITERATURA ESPAÑOLA

*Para Arthur L.-F. Askins,
eminente lusista*

1.— Intenciones y objetivos

Mi contribución a este coloquio que justa y felizmente conmemora los aniversarios del natalicio y el óbito de doña Carolina Michaëlis de Vasconcelos tiene como objetivo relacionar, describir y, en último término, valorar la contribución investigadora y erudita efectuada por la ilustre filóloga germano-portuguesa al ámbito de la literatura española en lengua castellana. Por lo tanto, en lo que viene recorreremos la obra de doña Carolina en pos de sus contribuciones al estudio de las letras peninsulares castellanas, recorrido en que lo cronológico y lo temático se combinarán, con la intención de levantar un perfil de las características y la intensidad de la dedicación hispanística de doña Carolina que dé cuenta de ella desde una perspectiva diacrónica, desde la que mejor ver el entramado de asuntos, géneros, temas y formas que delimitan los territorios de las letras hispánicas que fueron más queridos —y, por lo tanto, más asiduamente frecuentados— por ella a lo largo de los años de su vida. Al final de estas páginas ensayaré una propuesta de valoración del mérito y la importancia de la labor crítica que doña Carolina dedicó a la literatura castellana, no tanto desde la perspectiva de su valor y presencia actuales, sino desde un punto de vista ajustado al horizonte de expectativas de la época en que esta gran mujer y gran filóloga vivió, trabajó y publicó.

2.— Procedimiento

El punto de partida del recorrido por la obra de doña Carolina que les propongo realizar en busca de la presencia en ella de la literatura española son dos bibliografías, ambas elaboradas por el romanista Gerhard Moldenhauer, y con la supervisión

—al menos hasta un punto— de la propia doña Carolina. La primera de ellas, “Bibliografía de D. Carolina Michaëlis de Vasconcellos”, apareció en un número de *Lusitania. Revista de Estudos Portugueses*,¹ de 1927, y no aparece explícitamente firmada por Moldenhauer, aunque el breve preámbulo que la acompaña declara su autoría. Contiene 170 ítems bibliográficos, de entre 1867 y 1925. La segunda, del mismo título, y ahora sí explícitamente firmada por Moldenhauer, abre la *Miscelânea de estudos em honra de D. Carolina Michaëlis de Vasconcellos, professora da Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra*,² el gran homenaje con que la Universidad conimbricense rindió tributo a la memoria de su insigne profesora y al que concurren numerosos especialistas entre los que se cuentan los más ilustres lusistas, romanistas, catalanistas e hispanistas de la época, en una muestra perdurable del prestigio y la admiración que el nombre de doña Carolina siempre suscitó en toda Europa. Esta bibliografía consta de 171 ítems, de 1867 a 1931; es decir, representa un mínimo incremento con respecto a la anterior.

Es preciso añadir a la información proporcionada por estas bibliografías la que nos allegan las numerosas publicaciones que glosan de uno o de otro modo la persona y la obra de la profesora Michaëlis de Vasconcelos. Una situación intermedia entre la escueta bibliografía y el escrito biográfico o interpretativo es la que ocupa un importante trabajo de José Leite de Vasconcelos, “Carolina Michaëlis. Lista dos seus trabalhos litterarios acompanhada de um preâmbulo e de um appendice”, publicada en un número del *Boletim da Segunda Classe da Academia das Ciências de Lisboa*³ dedicado a homenajear a la maestra, y donde se contienen otros trabajos que glosan o conmemoran su figura. Este trabajo de Leite de Vasconcelos es también un punto de partida inexcusable para nuestra indagación, como lo son también otros trabajos de naturaleza biográfica o interpretativa, que irán mencionándose cuando sea preciso a lo largo de esta disertación.⁴

¹ *Lusitania. Revista de Estudos Portugueses*, X (1927), 27-43. He manejado una separata existente en los fondos de la Biblioteca General de Humanidades del CSIC.

² Coimbra: Imprensa da Universidade, 1933 (*Revista da Universidade de Coimbra*, XI [1933]). La bibliografía de Moldenhauer ocupa las pp. VII-XXIII. En el artículo que se cita en la nota 4 de este trabajo, Yakov Malkiel proporciona una ficha bibliográfica de este trabajo de Moldenhauer en que se hace constar que trae “addenda by Joaquim Mendes dos Remédios, Alexandre do Amaral and Joseph M. Piel” (art. cit., 31).

³ *Boletim da Segunda Classe da Academia das Ciências de Lisboa*, V (1912), 246-94; he manejado la separata (Lisboa: Imprensa Nacional, 1912).

⁴ En el número del *Boletim da Segunda Classe da Academia das Ciências de Lisboa* que acabamos de citar aparecen dos trabajos más de interés: el de Luise Ey —amiga fiel de Michaëlis—, “D. Carolina Michaëlis na intimidade” (231-45) y el de Ricardo Jorge, “D. Carolina Michaëlis” (302). Una mínima relación bibliográfica —ordenada cronológicamente— comprendería los siguientes

3.— *Carolina Michaëlis de Vasconcelos y las letras españolas: (dos) razones de una dedicación prolongada*

Adelantemos desde ahora que el estudio de las letras españolas es una presencia constante en la producción crítico-erudita de la profesora Michaëlis. Dos son, a mi modo de ver, las razones de la continuidad sostenida de este interés por las letras españolas (o, si queremos utilizar un término más restrictivo o más distintivo, tanto en lo lingüístico como en lo cultural, dentro de la Península Ibérica, las letras castellanas) en la obra de Carolina Michaëlis: en primer lugar, su precocísima, casi diríamos infantil, vocación romanística, y, en segundo lugar, pero a la zaga de lo dicho, su dedicación primordial a la lengua y la literatura portuguesa a partir de su boda con Joaquim de Vasconcelos y su subsiguiente establecimiento en Oporto a partir de 1876. Permítanme extenderme acerca de ellas.

3.1.— *Carolina Michaëlis romanista. La forja de una vocación*

La primera de esas dos razones enunciadas tiene mucho que ver con la educación que Carolina Michaëlis recibió en su Berlín natal. En un importante trabajo, publicado en 1993 en las páginas de *Romance Philology*, el ilustre romanista

trabajos: Helene Lange, “Eine deutsche Frau und Gelehrte”, *Die Frau*, fasc. 11, Berlín, 1894; Joaquim Mendes dos Remédios, “D: Carolina Michaëlis de Vasconcelos”, *Revista Lusitana*, XXV (1925), 337-42; del mismo, “Carolina Michaëlis de Vasconcelos”, *Biblos*, II (1926), 205-47; Elise Richter, “Carolina Michaëlis de Vasconcelos (1851-1925)”, *NS*, XXXIV (1926), 300-306; Wilhelm Meyer-Lübke, “Carolina Michaëlis und die romanische Sprachwissenschaft”, *Lusitania*, IV (1927), 7-15; Helene Lange y Ernst Goldbeck, *Karoline Michaëlis de Vasconcelos; ein Erinnerungsblatt*, Berlín: Herbig, 1927; Albin Eduard Beau, *D. Carolina Michaëlis de Vasconcelos*, Lisboa: Instituto Alemão (Publicações do Instituto Alcãmão, 2), 1958; J. do Prado Coelho, “Carolina Michaëlis de Vasconcelos”, en su *Dicionário de Literatura - Literatura Portuguesa - Literatura Brasileira - Literatura Galega - Estilística Literaria*, IV (Oporto: Figueirinhas, 1978³), pp. 1132-33; Hernani Cidade, “D. Carolina Michaëlis de Vasconcelos”, en J. Serrão, ed., *Dicionário de História de Portugal*, VI (Oporto: Figueirinhas, 1979), pp. 251-53; Maria Manuela Gouveia Delille, “Carolina Michaëlis de Vasconcelos (1851-1925)—Uma alemã, mulher e crudita em Portugal”, *Biblos*, 61 (1985), 1-32; Maria Assunção Pinto Correia, *O essencial sobre Carolina Michaëlis de Vasconcelos*, Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1986; Winfried Busse, “Eine Berliner Romanistin in Portugal: Carolina Michaëlis de Vasconcelos”, en Jurgen Trabant, ed., *Beiträge zur Geschichte der romanischen Philologie in Berlin* (Berlin: Colloquium, 1988), pp. 45-56; Yakov Malkiel, “Carolina Michaëlis de Vasconcelos (1851-1925)”, *Romance Philology*, XLVII.1 (1993), 1-32; Ramón Lorenzo, art. “Vasconcelos, Carolina Michaëlis de”, en Giulia Lanciani y Giuseppe Tavani, *Dicionário da literatura medieval galega e portuguesa* (Lisboa: Caminho, 1993), pp. 654a-656b.

Yakov Malkiel trazó una magnífica etopeya de la Carolina Michaëlis lingüista y filóloga,⁵ en que pone de relieve la importancia que los años infantiles y juveniles de formación tuvieron en la configuración de la personalidad profesional —tan precoz, por otra parte— de doña Carolina. Sin duda, Carolina Michaëlis nació y se crió predestinada a la filología, y ello en gran medida a causa de su padre, figura determinante en su vida de forma especialmente intensa. Gustav Michaëlis, tal y como declara Malkiel (art. cit., 5-6), fue una personalidad peculiar, de formación originariamente matemática, pero que, a través de su interés por la germanística —lo que es tanto en la época de que hablamos, 1850-1880, como decir por la lingüística histórica— y por la taquigrafía, terminó desarrollando una intensa curiosidad por la lingüística aplicada y la lingüística comparada, siendo el motivo fundamental de este interés comparatístico su tarea de adaptación del método taquigráfico de Wilhelm Stolz a lenguas distintas del alemán: latín, francés, inglés, italiano, portugués y español. La confluencia de estos núcleos de interés trajo consigo, además de un amplio poliglotismo, el desarrollo de una no desdeñable obra en el ámbito de la lingüística histórica, la germanística, la etimología y la lingüística aplicada (que, sin embargo, no terminó de cuajar en el desarrollo de una carrera académica en la Universidad de Berlín, lo que impidió a Gustav Michaëlis alcanzar el estatuto profesoral en sus más altos escalones). A resultas de este intenso interés por la lingüística, Michaëlis padre mantuvo contactos y relaciones con las figuras más importantes de la romanística y la lingüística histórica berlinesa y alemana: a resultas de ello, las presencias de Grimm, Humboldt y otros eran familiares a la pequeña Carolina desde sus años más tiernos.⁶ No es difícil imaginar, por lo tanto, la configuración de un ambiente familiar en que tanto los problemas y cuestiones relacionadas con las lenguas, el lenguaje y la gramática, como la familiaridad con los desarrollos, planteamientos y contribuciones de la romanística y de la lingüística histórica desarrollada por esos años en Alemania, eran presencias cotidianas. Todo ello, sin duda, fue determinante y fundamental para doña Carolina, quien —no lo olvidemos— nunca acudió como alumna a las aulas universitarias ni obtuvo un título universitario —las mujeres no tenían acceso a los estudios universitarios en aquella época⁷—, sino que se formó en su entorno doméstico, con un mucho de autodidactismo, y con ayudas

⁵ Yakov Malkiel, art. cit. El trabajo, en la línea de otros muchos que convierten a Malkiel en —entre otras muchas cosas— el principal historiógrafo de la romanística del siglo XX, no se ocupa de la vertiente histórico-literaria de la trayectoria de Michaëlis por razones coyunturales expuestas por Malkiel en la p. 1 de su trabajo.

⁶ Para todo ello, *vid.* Malkiel, art. cit., 4-9, y Pinto Correia, *op. cit.*, pp. 4-5.

⁷ *Vid.* Malkiel, art. cit., 8, y Pinto Correia, *op. cit.*, p. 4

significativas, como la de Karl Goldbeck, romanista con quien estableció una relación de aprendizaje y amistad que le llevó a dedicarle su primer libro, en 1876.⁸

Lo que a nosotros nos importa de todo esto es un hecho que Malkiel resalta como merece:

Dinner conversations at the Michaëlis home (Louisen Strasse 24a) are apt to have revolved around linguistics (historical and didactic), phonology, graphemics/ortography, and word history, in general, and, in particular, around as many as four Romance languages (plus Classical Latin, to be added for good measure), thus arousing the curiosity of his two gifted daughters, Carolina and Henrietta [...]. It is further probable [...] that the books forming the basic equipment of a research linguist of that period —those treatises and manuals of Bopp, Grimm, and other pacesetters to which Carolina Michaëlis was to refer repeatedly as a neophyte researcher[...]— were readily available to her on her father's bookshelves (art. cit., 6).

Comprendiblemente en ese caldo de cultivo, las dos hijas de Gustav Michaëlis —no así el hijo, Karl Theodor— sintieron la llamada de la vocación lingüística y filológica a que el ambiente de la casa paterna las exponía, y desarrollaron sus trayectorias en ese sentido. Ambas chicas desarrollaron con éxito desde edad muy temprana un proceso de aprendizaje de lenguas que las convirtió a ambas en activas políglotas, algo que, si bien era relativamente frecuente en las jóvenes de su entorno social y cultural, ellas llevaron hasta extremos notables, y ultrapasaron hasta derivar del mero dominio de las lenguas a su estudio lingüístico-filológico, hecho que no era lo común ni lo esperado para unas jovencitas berlinesas de hacia 1865. Henriette, dos años mayor que Carolina, se encaminó por los cursos de la lingüística aplicada, y desarrolló una apreciable carrera como lexicógrafa, que se inició con la redacción de un diccionario alemán-italiano italiano-alemán.⁹ Indico este hecho no por mero afán de acumulación de datos, sino para introducir aquí la conjetura de Malkiel, que cree que, dentro de un entorno de rivalidad y competencia profesionales entre las dos hermanas, la elección del italiano por parte de Henriette tuvo como contrapartida la elección de otro ámbito románico distinto por parte de Carolina, y este fue el ibero-románico: tal vez, si la hipótesis de Malkiel es certera¹⁰ —y la

⁸ Para la importancia de Goldbeck en la formación de doña Carolina, *vid.* Malkiel, art. cit., 8-9, y Pinto Correia, *op. cit.*, pp. 4-5. El mencionado libro es *Studien zur romanischen Wortschöpfung*, Leipzig: Brockhaus, 1876; valoración científica del mismo en Malkiel, art. cit., 13-15.

⁹ *Id.* Malkiel, art. cit., 6-7.

¹⁰ Expresada en Malkiel, art. cit., 6-7. Para lo extraño de una opción como esa, *vid.* Malkiel, art. cit., 5.

autoridad de Malkiel como historiógrafo de la romanística europea es la máxima —, ese es el origen y punto de partida de la vocación ibérica de la trayectoria de Carolina Michaëlis: un factor coyuntural, circunstancial, que determina extraordinariamente el desarrollo de una carrera capital para la cultura peninsular del siglo XX. Sea como fuere, es irrefutable la constatación de que la formación y la vocación originaria de la joven Carolina son las de la lingüística histórica y la filología románica orientada hacia el dominio ibero-románico, preferentemente castellano. Elocuente testimonio de su precoz interés por el mundo de la romanística, aparte de sus publicaciones, son las cartas que, con veintipocos años, intercambiaba con nombres tan ilustres de la lingüística románica europea como su compatriota Friedrich Diez, el italiano Graziadio Isaia Ascoli, el francés Gaston Paris y el dalmata Adolfo Mussafia;¹¹ y confirmación indudable de la vocación ibérica del romanismo de doña Carolina la dan sus primeras obras publicadas, la mayor parte de ella —como enseguida veremos— dedicadas a la lengua y a la literatura españolas.

3.2.— *Carolina Michaëlis de Vasconcelos, lusista. Los pasos de una pasión*

Pasemos ahora a comentar la segunda de las razones de la dedicación de doña Carolina a las letras castellanas que antes enuncié. Al factor de atracción por la lengua y la literatura españolas que representa la peculiar orientación de la práctica romanística de doña Carolina se contrapondrá de forma decisiva su final e irreversible vocación hacia lo portugués. En ella, y cuantos se han ocupado de la figura de doña Carolina coinciden, tiene una importancia primordial su matrimonio con el historiador del arte y musicólogo Joaquim de Vasconcelos en 1876, y el subsiguiente establecimiento del hogar de ambos en Oporto. Más allá de razones sentimentales o afectivas, cuya presencia e influencia no quiero omitir, la orientación hacia lo portugués viene determinada en muy buena medida por factores objetivos casi imposibles de soslayar. En palabras de Malkiel,

Carolina Michaëlis' marriage and immediate transfer to Oporto entailed a number of consequences, not all of them favorable to her personal life or to her program in advanced research. She doubtless had amassed by then a small personal library, which included scholarly items, and nothing stood in the way of her taking as many of these belongings as she wanted to her new home. But the intellectual and bibliographical re-

¹¹ Pueden verse muestras de este intercambio epistolar en Leite de Vasconcellos, *op. cit.*, pp. 29-44.

sources at Oporto, the provincial seat of an [...] university notoriously weak on the side of humanities, were not remotely comparable to those of Berlin [...]; foreign books, in particular, are likely to have been few and far between, and public interest in linguistics [...] was hovering close to zero.¹²

Es obvio que esa limitación en cuanto a los recursos y medios bibliográficos, y en cuanto a la inserción en un tejido social e intelectual propicio, debió hacer reflexionar a doña Carolina acerca de la necesidad de imprimir un giro, un giro posibilista, si se quiere, a su carrera, y centrarla en aquello que las circunstancias le ponían a la mano: la lengua y la literatura portuguesa. De esta reflexión, de estas circunstancias, y, no cabe duda, de la firme base romanística, filológica y positivista adquirida en los años berlineses, nace la carrera investigadora de doña Carolina en lo portugués —bendita reflexión y benditas circunstancias, desde luego. Y, centrándonos en lo que nos interesa aquí y ahora, es para mí indudable que esta consagración plena, intensa y —desde luego— brillantísima de doña Carolina al estudio de la lengua, la literatura y la cultura portuguesa, que la convirtió en figura señera de la filología lusa —en detrimento, ¿quién sabe? de una no menos brillante carrera en otros ámbitos particulares o en el área románica en su globalidad—, da precisamente lugar y fundamento a la segunda de las razones de la intensa y profunda dedicación a la lengua y las letras castellanas de doña Carolina, una no coyuntural, como dije, sino necesaria: dado que el ámbito cronológico predilecto de los estudios literarios lusos de la profesora Michaëlis se sitúa en la Edad Media y el Renacimiento, va de suyo, y por muchas razones culturales, históricas, políticas y literarias, que es de todo punto imposible —y sería error de bulto— estudiar las letras portuguesas de dicho período sin considerar las castellanas; y, desde luego, viceversa. Como lo expresa Leite de Vasconcellos,

outr'ora as relações historicas entre Portugal e Hespanha eram tão íntimas, que nem sempre o investigador que se occupa de um d'estes paises pôde esquivar-se a passar a fronteira, ou para cá, ou para lá.¹³

Es constatación que no sólo se ejemplifica en la obra de doña Carolina, sino también en las de otras grandes personalidades de la filología y los estudios literarios peninsulares, como en las de don Marcelino Menéndez y Pelayo, don Ramón Menéndez Pidal, Diego Catalán, Luís Filipe Lindley Cintra, o en la más reducida,

¹² Malkiel, art. cit., 15. Véase también, aunque a un nivel mucho más bajo de elaboración y de explicitud —requerido por la misma naturaleza de su trabajo—, la observación de Pinto Correia, *op. cit.*, p. 10.

pero también extraordinariamente valiosa, obra del navarro reciclado en lisboeta que fue don Eugenio Asensio. Esta es, a partir de un cierto momento, la línea directriz de la dedicación hispanística de la ilustre profesora germano-lusa: la de las relaciones culturales y literarias luso-hispanas. Sin duda, a este ámbito, a esta fase, pertenecen las contribuciones más valiosas de la profesora Michaëlis de Vasconcelos a la literatura española. Pero comencemos ya ese itinerario cronológico-bibliográfico que hace ya tiempo anunciamos y no hemos emprendido aún.

4.—Primera fase: la dedicación hispánica de una joven romanista

Partamos de un hecho significativo: de las diecisiete publicaciones de doña Carolina aparecidas entre 1867 —fecha de su primer trabajo erudito— y 1876 —el año de su matrimonio con Joaquim de Vasconcellos—, ocho son de asunto monográficamente hispánico, y solo una —si bien es cierto que se trata nada menos que de una edición de *Os Lusíadas*¹⁴— de asunto monográficamente portugués (frente a una de asunto italiano, una de tema francés —una reseña— y cuatro de aliento románico).¹⁵ Es más, precisamente el primer trabajo publicado por doña Carolina, en 1867, a sus ¡dieciséis! años de edad, y en publicación tan prestigiosa como el *Archiv für das Studium der Neueren Sprachen und Literaturen*, son unas notas dedicadas a la edición publicada el año antes por Adolfo Mussafia de la *Historia de una Sancta Emperatriz*, versión castellana de comienzos del XIV de la leyenda de Crescencia, la emperatriz casta.¹⁶ Contra lo que se suele afirmar, no

¹³ José Leite de Vasconcellos, *Carolina Michaëlis. Lista dos seus trabalhos*, op. cit., p. 3

¹⁴ No he conseguido ver el libro: tomo la referencia de la bibliografía de Moldenhauer, antes citada: *Os Lusíadas, de Luiz de Camões. Nova edição, segundo a do Visconde de Juromenha, conforme a segunda publicada em vida do poeta; com as estâncias desprezadas e omitidas na primeira impressão do poema e com lições e notas*, Leipzig: F. A. Brockhaus, 1873 (p. viii).

¹⁵ Tomo los datos de la citada bibliografía elaborada por Moldenhauer y publicada al frente de la *Miscelânea* publicada en memoria de doña Carolina en 1933, citada en la nota 2, pp. vii-viii.

¹⁶ Carolina Michaëlis, "Altspanische Prosadarstellung der Crescentiasage von A. Mussafia. Wien 1866", *Archiv für das Studium der Neueren Sprachen und Literaturen*, 41 (1867), 106-12. La referencia completa del trabajo de Mussafia es: "Eine altspanische Prosadarstellung der Crescentiasage", *Sitzungsberichte der Philosophisch-Historische Klasse, Akademie der Wissenschaften Wien*, LIII (1866), 498-562. Otro trabajo relacionado de Mussafia es "Über cine italianische metrische Darstellung der Crescentiasage", *ibidem*, LI (1865), 589-692. El texto castellano ha sido editado y estudiado hace no mucho por Anita Benaim de Lasry, «*Carlos Maynes*» and «*La emperatriz de Roma*». *Critical Edition and Study of Two Medieval Spanish Romances*, Newark, DE: Juan de la Cuesta, 1982, y allí se deberá acudir en pos de más información al respecto. Es de notar que en su bibliografía no se menciona el trabajo de Carolina Michaëlis que comentamos.

se trata de una reseña de la edición de Mussafia, sino de un empeño de más aliento.¹⁷
En palabras de Yakov Malkiel,

What the fifteen-year-old commentator aimed at, and, by and large, achieved was, essentially, this: She must have prepared a preliminary but exhaustive, glossary to the newly issued text and, using those slips, established a concise breakdown of the most conspicuous phonological, morpho-syntactic, and lexical features, by relating the forms both to Latin and to 19th-century Spanish correspondences, with occasional glances at modern French, at Italian, and, briefly, at Catalan (art. cit., 10-11).

Inmediatamente después de lo dicho, Malkiel destaca un hecho que, inevitablemente, llama la atención: “Interestingly, her future specialty, namely Portuguese, was not brought in at all” (art. cit., 11).

Sin lugar a dudas, el contenido de la publicación desborda con mucho los márgenes habituales de una reseña: en concordancia con su formación e intereses romanísticos e histórico-lingüísticos, lo que hace la quinceañera Michaëlis es elaborar una gramática histórica del *Cuento de la santa Emperatriz*. Reflexionemos acerca de la fecha de publicación de este trabajo: estamos a treinta años de que Menéndez Pidal trabaje en la elaboración de su gramática del *Cantar de Mio Cid*. (De hecho, estamos a dos años del nacimiento de don Ramón.) Esto quiere decir que no es desdeñable la labor emprendida, dada la inexistencia de una gramática histórica del español en esas fechas (véase Malkiel, art. cit., p. 11): coincido plenamente con la valoración efectuada por Malkiel:

By today's standards, the piece could pass off as a fine research paper by an intelligent and promising first-year graduate student, an item scarcely worthy of publication. Yet, as a period piece, the pioneering sketch of the historical grammar is indeed remarkable (art. cit., 11; cursiva mía).

Y por lo que toca a la importancia que esta precoz *opera prima* tuvo respecto de la trayectoria investigadora de doña Carolina, también es preciso asentir a lo afirmado por Malkiel: “The success that Carolina scored by having this early experiment published in an influential journal must have vastly increased her self-confidence” (art. cit., 11). Cabe añadir a esto que, además, el trabajo inicia e ilustra la orientación sudrománica en general, e hispánica en particular, de la primera fase de labor de Carolina Michaëlis como romanista y filóloga.

¹⁷ Vid. Pinto Correia, *op. cit.*, p. 5, y Ramón Lorenzo, art. cit., p. 654b.

Y enseguida, entre 1870 y 1875, aparecerán en la obra de Carolina Michaëlis —todavía no Vasconcelos, claro— tres contribuciones primerizas de una jovencísima y precoz mujer de letras que, sin cumplir los 20 años, o en los primeros de la veintena, saca a la luz tres volúmenes que, de hecho, trazan ya desde tan temprano momento, la geografía primordial de la preferente dedicación hispanística de doña Carolina en la primera fase de su trayectoria. Me refiero a tres volúmenes preparados por ella para la «Colección de autores españoles» con que el editor F. A. Brockhaus —con quien tanta relación tuvieron tanto doña Carolina como su hermana¹⁸— contribuyó de modo sobresaliente a la difusión de las letras españolas en el ámbito germánico. Ordenados cronológicamente, se trata de una edición de tres obras de teatro españolas de los Siglos de Oro, de un *Romancero del Cid* y de una antología de poesías líricas españolas de los siglos XV al XVIII.

4.1.- *El teatro áureo español*

La primera de ellas, presentada bajo el título de *Tres flores del teatro antiguo español*,¹⁹ presenta ediciones de *Las mocedades del Cid* de Guillén de Castro; de *La tragedia más lastimosa de amor. Dar la vida por su dama, o El conde de Sex*, obra de Antonio Coello; y de *El desdén por el desdén*, de Agustín Moreto. En los tres casos, los textos van precedidos de sendos pequeños prefacios que, no obstante su escasa extensión, no están carentes de datos de interés. El de las *Mocedades* (pp. 3-5) se centra en las relaciones entre la obra de Guillén de Castro y el drama *Le Cid* de Pierre Corneille, y las de estas dos obras con la mucho menos conocida *El Honrador de su padre*, del dramaturgo madrileño Juan Bautista Diamante; a esto añade un breve —conviene recordar que estamos en 1870, y es preciso considerar el estado incipiente de los estudios sobre literatura española— panorama bibliográfico. Por último, la editora indica la procedencia del texto que edita (en las pp. 6-163 del volumen): lo toma de la de Valencia: Ferrer de Orga, 1796. El prefacio (pp. 167-69) de *El conde de Sex* —esto es, *Essex*: es una obra de temática ánglica— dilucida la atribución de la obra, tal cual vez prohijada al portugués

¹⁸ Vid. Malkiel, art. cit., 6-7 y Pinto Correia, *op. cit.*, pp. 5-6, quien aduce como posible desencadenante de los encargos de preparación de volúmenes por Brockhaus a la joven Carolina “a meticulosidade e pertinência com que Carolina Michaëlis” —con menos de 19 años, no lo olvidemos— “havia criticado algumas das edições da Biblioteca Hispânica publicada por aquela casa editora” (p. 6).

¹⁹ La referencia bibliográfica completa es: *Teatro español. Tres flores del teatro antiguo español. Las mocedades del Cid - El conde de Sex - El desdén con el desdén. Publicadas con apuntes biográficos y críticos por Carolina Michaëlis*, Leipzig: F. A. Brockhaus (Colección de Autores Españoles, XXVII), 1870.

Juan de Matos Fragoso o al mismísimo rey Felipe IV de España; la joven editora coincide con su compatriota y célebre estudioso del teatro clásico español, el Conde de Schack, en asignar la autoría de la obra a Antonio Coello. Además, este breve preámbulo entra, siquiera brevemente, en materia bibliográfico-textual, pues la edición que presenta Michaëlis (ocupa las pp. 170-253) es una edición con variantes: sigue la de Madrid, 1653, y proporciona al pie “las variantes de importancia” (p. 168) de otras siete ediciones (descritas en la p. 169), todas ellas parte de los ricos fondos de la Real Biblioteca de Berlín. Por último, el prólogo que antecede al *Desdén* de Moreto (pp. 257-59) refleja también propósitos de acuidad bibliográfica y textual: como dice en la p. 259, Michaëlis examinó nueve ediciones de la obra de Moreto —la más antigua de ellas la incluida en *Comedias escogidas de diferentes libros de los más célebres e insignes poetas, dedicadas al Ilustrísimo Señor M. de Belmonte* (Bruselas, 1704), que le sirve de base—, y proporciona un texto (pp. 260-347) con *lectiones variorum* al pie. Como balance, y considerando que nos encontramos ante la obra de una *teenager*, y que nos hallamos en una fecha prehistórica, en lo que respecta a la preocupación ecdótica por la literatura áurea y medieval española, un empeño más que respetable y digno.²⁰

4.2.- *El Romancero del Cid*

Que, eso sí, no llega a alcanzar en su importancia y mérito al siguiente trabajo que vamos a revisar: el *Romancero del Cid* recopilado y publicado por Carolina Michaëlis en 1871, a punto de cumplir, o recién cumplidos, los 20 años.²¹ En la *Advertencia* que lo abre, la joven recopiladora, no sin translucir un saludable y justificado orgullo, pero sin olvidar tampoco expresar su deuda de gratitud a quienes la precedieron en el empeño, hace imprimir lo siguiente:

Es este el primer Romancero del Cid que contiene todos los romances hasta el día conocidos y relativos al *más famoso Castellano*, el Cid Ruy Díaz de Vivar. No hubiera sido posible llevar a cabo esta obra a no haberle precedido las arduas tareas de los cruditos escritores Durán, Huber y Wolf; y por muy reducido que parezca su volumen, no ha sido poco el trabajo que ha requerido su ejecución (p. v).

²⁰ Al año siguiente de la publicación de estas *Tres flores* dio doña Carolina a las prensas un “Nachträge zu den Apuntes biográficos y críticos in Band xxvii der Colección de Autores Españoles”, *Jahrbuch für Romanische und Englische Literatur*, XII (1871), 37-43, completando y corrigiendo diversos pormenores.

²¹ *Romancero del Cid. Nueva edición añadida y reformada sobre las antiguas, que contiene doscientos y cinco romances recopilados, ordenados y publicados por Carolina Michaëlis*. Leipzig: F. A. Brockhaus (Colección de Autores Españoles, XXX), 1871.

Dos son las bases sobre que se afirma ese orgullo: en primer lugar, la recopilación “comprende diez y ocho [*cursiva de la autora*] romances más que la más rica y completa de todas las colecciones, cual es la de Durán” (p. v); en segundo lugar, “los textos [*de los romances*] son auténticos y tomados de fuentes legítimas” (*ibid.*). Y esta afirmación no es gratuita: del mismo modo que en la antes comentada colección teatral, en este romancero cidiano aflora la preocupación filológica y textual de Michaëlis. El “Catálogo de los documentos y fuentes donde se hallan romances del Cid” que cierra el volumen (pp. 363-364) no solo contiene entre sus 26 *items* las recopilaciones modernas —respecto del tiempo de recopilación del romancero de Michaëlis, se entiende— de Grimm, Keller, Depping, Wolf, Durán u Ochoa,²² sino que ahí andan el *Cancionero de romances* de Nucio, ediciones de Amberes, s.a., pero *ante* 1550 —ejemplares local os en París (Arsenal), y Wolfenbüttel—, y Amberes, 1550; la *Silva de varios romances* de Esteban de Nájera, de Zaragoza, 1550 (ejemplares de Viena, British Library y Munich); por supuesto, el *Romancero general* (ediciones de Madrid, 1600, Medina del Campo, 1602, Madrid, 1614); las colecciones de romances de asunto histórico de Lorenzo Sepúlveda (*Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la Crónica de España*, Amberes: Juan Steelsio, 1551, y Amberes: Pedro Bellerio, 1580), Lucas Rodríguez (*Romancero historiado*, Alcalá, 1579), y Juan de la Cueva (*Coro febeo de romances historiales*, Sevilla, 1587); así como, y desde luego, los romanceros cidianos de Juan de Escobar (*Romancero e historia del muy valeroso caballero el Cid, Ruy Díaz de Vivar*, Alcalá, 1612), y Francisco de Meije (*Tesoro escondido de todos los más famosos romances así antiguos como modernos del Cid*, Barcelona, 1626), entre otras referencias, alguna tan sugestiva como la recogida en la p. 363, “Pliegos Suelos y Códices del siglo XVI”. Y no es hablar por hablar: como declara en la p. vi del prólogo, la joven Carolina manejó en el curso de su recopilación cidiana los pliegos suelos custodiados en la Biblioteca de Praga, una de las colecciones de pliegos españoles más importantes, para la fecha ya convenientemente exhumados y dados a conocer por Wolf.²³ Y es que estamos

²² Tal y como aparecen citadas en dicho “Catálogo”, p. 364: “Jakob Grimm, *Silva de romances viejos*. Viena, 1815 / A. Keller, *Romancero del Cid*. Stuttgart, 1840 / J. B. Depping, *Romancero castellano o colección de antiguos romances populares de los españoles*. Nueva edición, con las notas de don Antonio Alcalá Galiano. Leipzig, 1844 / F. Wolf, *Rosa de romances, o romances sacados de las «Rosas» de Juan Timoneda*. Leipzig, 1846 / F. Wolf, *Über eine Sammlung spanischer Romanzen im fliegenden Blättern*. Wien, 1850 / A. Durán, *Romancero general*. Madrid, 1851. / F. Wolf, *Primavera y flor de romances*. Berlin, 1856. / E. de Ochoa, *Romancero del Cid*. Paris, 1870.

²³ Para ello, véase Antonio Rodríguez-Moñino, *Nuevo diccionario bibliográfico de pliegos suelos poéticos (siglo XVI)*. Edición corregida y actualizada por Arthur L.-F. Askins y Víctor Infantes (Madrid: Castalia, 1997), pp. 60-63.

ante una recopilación cuidadosa: la editora consigna la fuente de donde se toman todos y cada uno de los romances compilados; y en aquellos casos en que existe más de un testimonio del romance en las fuentes manejadas, se consignan al pie las *lectiones variorum* más significativas. En muchos casos se recogen en nota divergencias textuales de gran calibre, que abarcan más de una decena de versos (pp. 62, 64, 69-70, 176-78, 254, etc.). Asimismo, notas como la presente en la pág. 158 dan fe de una conciencia textual y filológica por parte de la recopiladora que, digámoslo de una vez, distan de poseer todos los que, en años sucesivos, han ensayado la composición de romanceros cidianos.

Hay otros pormenores más, que envío a nota para no extenderme en demasía,²⁴ que amartillan la estimación altamente valiosa que este *Romancero* cidiano de Michaëlis merece, y de nuevo tomaré la expresión de ese juicio de voz más autorizada al respecto que la mía: Felipe C. R. Maldonado, recopilador él mismo de un romancero cidiano en los sesenta del siglo pasado, dejó dicho:

El *Romancero del Cid* que recopiló Carolina Michaelis [*sic*] (Leipzig, 1871) es el corpus más nutrido que se ha publicado, superior en número y fidelidad a los textos que recogió Agustín Durán en su *Romancero General* (tomo X de la Biblioteca de Autores Españoles, págs. 478-574).²⁵

Y, viniendo de quien viene, me parece de la mayor importancia el juicio que un conocedor de tanta categoría como Arthur Askins hace respecto de “los muchos Romanceros del Cid aparecidos en el siglo XIX y XX”: nada menos que “principal entre ellos y guía de los demás es el muy ampliado *Romancero del Cid* de Carolina Michaëlis”.²⁶

²⁴ Por ejemplo, es indicio llamativo del interés e intensidad del trabajo emprendido por Michaelis el *Apéndice* que aparece en las pp. 357-362, presentado así por Michaëlis: “Para muestra del género de romances verdaderamente populares que aun hoy en día en Andalucía venden y cantan en las calles los ciegos, y que circulan entre la gente vulgar, aquí insertaremos uno que, con varios otros pliegos sueltos, comprados en Sevilla, debemos a la condescendencia amable del señor cónsul Wetzstein” (p. 357); el texto reproducido lleva el título de *Pasillo del Cid Campeador* (“A vuestros pies hace alarde / Don Rodrigo de Vivar”).

²⁵ Felipe C. R. Maldonado, ed., *Romancero del Cid* (Madrid: Taurus [Temas de España. 41], 1966), p. 11. También reconoce la primacía cuantitativa y la fiabilidad textual de la recopilación de Michaëlis Luis Guarner, «*Romancero del Cid*», precedido del «*Cantar de Rodrigo*» (Valladolid: Miñón, 1954), p. xxxvii.

²⁶ Juan de Escobar, *Historia y romancero del Cid* (Lisboa, 1605). Edición, estudio bibliográfico e índices por Antonio Rodríguez-Moñino. Introducción por Arthur Lee-Francis Askins (Madrid: Castalia, 1973), p. 20.

4.3.- *Lírica española, siglos XV-XVIII*

Y el tercero de los tres volúmenes que anuncié es otro de naturaleza colectánea, también elaborado para Brockhaus: en esta ocasión se trata de una antología de poesías líricas españolas de los siglos XV a XVIII.²⁷ En este caso tenemos casi cuatrocientas páginas de poesía, sin prólogo ni estudio preliminar, ni apéndices, ni notas; solo, en muy pocos casos, una mínima indicación de *floruit*, muerte o nacimiento de tal cual autor. Pero pese a esa desnudez de datos originales del ingenio de doña Carolina, hallamos síntomas en esta recopilación que nos dicen mucho de sus gustos, opiniones y querencias. En primer lugar, la propia organización de la materia. La antología se articula en cinco divisiones: cuatro previsibles cronológicamente —“Poetas del siglo XV” (pp. 1-21), “Poetas del siglo XVI” (pp. 82-189), “Poetas del siglo XVII” (pp. 190-341) y “Poetas del siglo XVIII” (pp. 342-394)—, y otra menos previsible, y por lo tanto más indicativa de un específico interés, “Poetas que florecieron antes de 1511” (pp. 22-81). En la primera de ellas, figuran los nombres del rey Juan II, Juan de Mena, Íñigo López de Mendoza, Fernán Pérez de Guzmán, Rodrigo Cota, Jorge Manrique y su tío Gómez, es decir, el núcleo de la poesía castellana del Cuatrocientos, más Juan Manuel de Portugal, poeta tal vez no de primera línea, pero cuya significativa inclusión deja translucir el especial atractivo que su nacionalidad portuguesa y su condición de poeta bilingüe ejerció sobre la antóloga.²⁸ Veremos que no será el único caso, ni el único factor de atención especial hacia los antologados.

²⁷ *Antología Española. Colección de Poesías líricas. Primera parte: Poetas de los siglos XV-XVIII*, Leipzig: F. A. Brockhaus (Colección de Autores Españoles, XXXIV), 1875. Creo que merece la pena señalar que la joven Michaëlis, romanista conspicua, como se dijo, elaboró para las colecciones de Brockhaus unas *Fiori della poesia italiana antica e moderna* (Leipzig: F. A. Brockhaus [Biblioteca d’Autori Italiani, XI], 1871). Puede resultar significativo considerar, a favor de alguno de los razonamientos efectuados con anterioridad acerca de la orientación de la carrera de doña Carolina, que Michaëlis también compiló una antología de lírica portuguesa (*As cem melhores poesias líricas da lingua portuguesa*), pero en una fecha tan comparativamente tardía como 1910 (Glasgow: Gowans & Gray): treinta y cinco, treinta y nueve años después.

²⁸ No sé si es momento de entrar en grandes pormenores al respecto, pero si echamos un vistazo al índice de autores del magno *Cancionero del siglo XV* de Brian Dutton, *sub nomine* Manuel (t. VII [Salamanca: Biblioteca Española del Siglo XV-Universidad de Salamanca, 1991], p. 388b-89b), veremos que los dos poemas de este “Juan Manuel de Portugal” antologados por Michaëlis (“Mi alma mala se para” y “Que yo cien bocas tuviese”) son asignados por Dutton a dos autores *a priori* diferentes: el primero de los poemas a Joam Manuel, “camareiro moor del rey Manuel” (composición ID 5101, en el sistema de Dutton; composición contenida en el *Cancioneiro Geral* de Resende), el segundo a un “Juan Manuel”, sin más, y con atribución dudosa (ID 1812, conservada en el *Cancionero*

La sección que la sigue, la dedicada a “poetas que florecieron antes de 1511” (pp. 22-81: más amplia, como se ve, que la anterior), está formada, según Michaëlis hace constar expresamente, por composiciones “sacadas del Cancionero de 1511” (p. 22). Ahí aparecen nombres capitales en la antología de Hernando del Castillo —Vizconde de Altamira, Guevara, Cartagena, Garci Sánchez de Badajoz, Juan Álvarez Gato, etc.—, y un conjunto significativo de poetas bilingües: Juan Rodríguez del Padrón, el conde de Vimioso, Álvaro Ferrandes (o Fernández) de Almeida, etc.; lo que confirma el interés por este tipo de poetas por parte de la antóloga. Pero donde doña Carolina nos desvela sus más gratas querencias poéticas es en la sección de “Anónimos” que cierra esta sección, con mucho la más amplia de ella (pp. 38-81: a Guevara, Padrón, Cartagena o Garci Sánchez se los despacha en un par de páginas). Villancicos, glosas, desfechas, letrillas y, sobre todo, romances, concurren en una selección de poesía popular —por cierto, me temo que no siempre tomadas de la recopilación de Hernando del Castillo— que ilustra a la perfección las muchas bondades expresivas, formales y simbólicas de la lírica popular tardomedieval y renacentista. Nadie discutirá —lo reitero— que la descompensación en la selección favorable a este tipo de poesía anónima frente a la de autores conocidos revela una diríamos que apasionada y decidida preferencia por parte de la antóloga, que, por otro lado, ya había demostrado en su romancero cidiiano publicado en 1871.

La siguiente sección, la dedicada a los poetas del XVI, es más extensa que las precedentes (pp. 82-189), incluso si consideramos las dos primeras —es legítimo— como un único bloque de lírica cancioneril (suman entre ambas 80 páginas). No faltan, claro es, los nombres que no deben faltar: Torres Naharro, Encina, Garcilaso, Herrera, Boscán, Hurtado de Mendoza, Castillejo, Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús. A ellos se suma, en consonancia con un hecho que hemos consignado ya, un nutrido contingente de poetas portugueses de expresión bilingüe o castellana: Gil Vicente, Francisco Sâ de Miranda, Jorge de Montemayor, Luis de Camões, Gregorio Silvestre; o asimilados, como Alonso Núñez de Reinoso. Sin lugar a dudas, ese territorio poético común o entrecruzado entre Portugal y España es desde fecha muy temprana un centro de atracción preferente para el gusto poético de la antóloga. Y una última observación: pese a que la representación de los nuevos temas y formas italianizantes es amplia —ahí están para corroborarlo las

General de H. del Castillo, eds. de 1511 y 1516). Es evidente que hacer estas correcciones con la ingente obra que nos legó Dutton a la mano es sencillísimo —y, por ende, carece de mérito—, mientras que el recurso de mayor calibre relacionado con la lírica cuatrocentista que debió poder manejar doña Carolina fue la edición del *Baena* de 1851. No debe olvidarse esto a la hora de valorar este trabajo.

14 páginas (86-100) dedicadas a Garcilaso o las 9 (171-180) dedicadas a Herrera (de quien no se aporta un sólo poema en arte menor)—, llama la atención la nutrida anterior de lírica de inspiración tradicional, cancioneril, popular; de poesía octosilábica introductora de modos, temas y formas tradicionales castellanos en el siglo XVI. No creo deba echarse en saco roto este hecho a la hora de valorar el gusto y las preferencias de doña Carolina ante uno y otro de los dos grandes ingredientes de la mixtura poética quinientista entre elementos italianizantes y elementos tradicionales y cancioneriles.²⁹

La fisonomía de la sección dedicada a la lírica del XVII (pp. 190-341, la más extensa de todas) presenta los mismos rasgos que la dedicada a la del XVI: no faltan los nombres canónicos (Lope, Quevedo, Góngora, los Argensola, Calderón, Rioja), se da cabida a poetas portugueses de expresión bilingüe (caso de Francisco Manuel de Melo, pp. 324-25), y predomina la poesía de inspiración popularizante, tradicional, post-cancioneril: muestra clara de ello es el amplio espacio dedicado a Baltasar del Alcázar (pp. 192-204), las características de la única composición antologada de Cervantes (“¿Quién menoscaba mis bienes?”), o el perfil que ofrece el amplio espacio dedicado a Góngora (pp. 221-242; más que a Quevedo o a Lope, y muchísimo más que a Calderón, proverbialmente grato a la sensibilidad germánica), centrado en romances, letrillas, canciones y villancicos mucho más que en sonetos; por supuesto, del Góngora de las *Soledades*, del *Polifemo* o del *Panegírico* no hay ni rastro. Un factor más de interés es la presencia de poetisas: la esperable Sor Juana Inés de la Cruz (pp. 340-41: un soneto) y la mucho menos conocida Feliciano Enríquez de Guzmán (pp. 294-95: un madrigal).³⁰

En fin, por lo que toca a la parte dedicada a la poesía del XVIII (pp. 342-394) son reconocibles los mismos rasgos, lo que no deja de tener un especial interés.

²⁹ Son muy ilustrativas respecto de lo dicho las composiciones antologadas de Gil Vicente (pp. 101-104), Sâ de Miranda (pp. 104-105), Cristóbal de Castillejo (pp. 136-139) o Juan Rulfo (pp. 143-152, con ecos en la tradición didáctica de un Santillana o un Pérez de Guzmán). Añado en esta nota otro factor llamativo: la presencia en esta sección de la antología de poetas hoy ausentes —y muy ausentes— del canon poético del Quinientos peninsular: Luis Ponce de León, Arcángel de Alarcón, Estevan de Zafra, Alonso de Alcaudete, Juliano Egipcio, Luis Martín, un tal Soto, Pedro Téllez Jirón y Miguel Colodrero de Villalobos. Estas *oddities* poéticas muestran a las claras la amplitud y la profundidad del conocimiento que la joven —apenas 24 años— Carolina poseía de la lírica peninsular del Quinientos.

³⁰ También en esta parte de la antología abundan autores hoy en día no habituales: Álvaro de Hinojosa y Carvajal, Esteban González, Cosme Gómez Tejada de los Reys, Miguel Moreno, el padre Pedro de Quirós o Juan de la Hoz Mota; amén del Príncipe de Esquilache y el mismísimo Felipe IV.

Sobre todo me parece ilustrativo el hincapié en composiciones popularizantes, como la recogida de la poetisa María Doceo (pp. 342-43, además portuguesa de nación, si es correcta la identificación con Soror Maria do Céu: concurre aquí el interés por la práctica poética castellana de autorías portuguesas y el interés por las poetisas), o las que se aducen de José Cadalso (pp. 349-358, sobre todo letrillas) o Meléndez Valdés (pp. 377-87), de quien se recoge una composición con estribillo, tornada y vuelta que formalmente no desmerece de las cancioneriles del XV (pp. 384-85): este rastreo de la lírica popularizante en un siglo como el XVIII dice muchísimo de la constancia de los gustos de la antóloga, de su perseverancia colectora, y de su conocimiento profundo de la lírica del Setecientos.

4.5.- Balance, o la prefiguración de un perfil

Estas tres obras que hemos revisado con demora son las tres aportaciones fundamentales al ámbito de la literatura española efectuadas por Carolina Michaëlis en el primero de los dos periodos en que se divide su trayectoria vital e investigadora. Y no será inoportuno —espero— el detenimiento con que he procedido, porque creo que el proceso de esta revisión nos permite sostener una tesis que, en lo sucesivo, va a cumplir funciones vertebradoras en la organización de mi relato subsiguiente: que en esos tres libros del período 1870-1875 —cuando su autora, conviene no olvidarlo, tenía entre 19 y 24 años— está en germen la casi completa integridad de la topografía del territorio literario que en el futuro va a ser más grato a —y, por consiguiente, preferentemente roturado por— doña Carolina Michaëlis. Veámoslo.

El *Romancero del Cid* presenta una clave clarísima: la clave que lleva al mundo del romancero, de la poesía popular, de la tradición poética primordial peninsular. Esta será una constante —habrá ocasión de verlo en lo que sigue— a lo largo de toda la trayectoria investigadora de doña Carolina; y bien lo pone de relieve igualmente, como acabamos de ver, el muy especial interés que doña Carolina presta en su *Colección de poesías líricas* a las composiciones populares, tradicionales o popularizantes y de gusto tradicional. De hecho, en esta primera etapa de la trayectoria de Michaëlis que examinamos, hay otra referencia más que atestigua este interés por la poesía popular: el artículo “Spanische Volkspoesie” que publicó en 1874.³¹ Ese mundo de la lírica popular, tradicional, del Romancero,

³¹ “Spanische Volkspoesie”, *Magazin für die Literatur des Auslandes*, XLIII (1874), 7, 26-7, 44-6.

de las tradiciones líricas medievales y su penetración en el siglo XVI, estará presente, como enseguida veremos, en numerosas de las miles de páginas que doña Carolina escribirá en Oporto en su periodo de madurez y esplendor como investigadora: una inclinación juvenil de existencia perdurable.

La figura del Cid interesó mucho, qué duda cabe, a doña Carolina. Al *Romancero* hay que añadir su edición de las *Mocedades del Cid* de Guillén de Castro, ininteligibles en su génesis sin el romancero cidiano. Y esto nos lleva al mundo del teatro, otra de las querencias literarias duraderas de doña Carolina. Además de las *Tres flores* que hemos comentado, la joven Michaëlis dedicó atención al teatro en otros trabajos de mocedad: nos regresan al ámbito cidiano sus precocísimas “Erläuterungen zu Herder’s Cid” publicadas en 1868 junto a una edición del texto;³² y confirma esta querencia teatral su “Hamlet in Spanien”, extenso trabajo acerca de la presencia del personaje shakespereano en España.³³ Esa predilección por la literatura dramática será la que siga subyaciendo, muchos años después, y como veremos, en numerosos trabajos de su época portuguesa, como sus investigaciones sobre Gil Vicente y su escuela, Juan del Encina, o la contrapartida del trabajo que acabamos de mencionar, su “Shakespeare in Portugal”.³⁴

Y, por último, la *Colección de poesías líricas* nos lleva al que quizá sea el amor literario más duradero de doña Carolina, el sentido hacia el género poético por excelencia. Sí, de forma más acusada hacia la lírica popular, desde luego; pero las grandes contribuciones de doña Carolina en la segunda parte de su vida girarán, como tendremos ocasión de ver, en torno a los grandes nombres de la lírica portuguesa en particular y peninsular en general.

De este modo, si se acepta nuestro razonamiento, tenemos en estos tres libros primerizos, todos tres dedicados a la literatura española —no se olvide—, las líneas maestras de lo que va a ser la fisonomía de la totalidad de la trayectoria investigadora de doña Carolina Michaëlis de Vasconcelos, en lo que respecta a lo literario, en sus años portugueses. La única línea sin continuidad vigorosa (que no sin continuidad, como veremos) es la referida a la figura de Rodrigo Díaz de

³² Johann Gottfried von Herder, *Der Cid*. Herausgegeben von Julian Schmidt, Leipzig: F. A. Brockhaus, 1868. Las “Erläuterungen zu Herder’s Cid” de doña Carolina ocupan las págs. 127-52. Vid. Pinto Correia, *op. cit.*, p. 5.

³³ “Hamlet in Spanien”, *Jahrbuch der Deutschen Shakespeare-Gesellschaft*, X (1875), 311-54.

³⁴ “Shakespeare in Portugal”, *Jahrbuch der Deutschen Shakespeare-Gesellschaft*, XV (1880), 266-97.

Vivar, y esa discontinuidad parcial, si es que no es debida a un simple desinterés, puede ponerse en conexión con el hecho de que, como es bien sabido, las letras portuguesas no han conservado restos de un posible cultivo épico en los siglos medievales. Así pues, poesía lírica, poesía popular, teatro; en lo cronológico, Edad Media y siglos XVI-XVII. Estas serán las coordenadas en las que doña Carolina llevará a cabo el grueso de su investigación en los decenios venideros, pero con un sesgo capital: su orientación prácticamente exclusiva a la lengua y a la literatura portuguesa. Y ese *prácticamente* es el resquicio por el que se cuelan la lengua y la literatura españolas, y que da pie a lo restante de este trabajo.³⁵

5.— *Segunda fase: la inevitable atención a lo castellano de una eminente lusista*

Es innegable que el matrimonio con Joaquim de Vasconcelos y el establecimiento del hogar familiar en Oporto son acontecimientos que, como se dijo, representan un punto de inflexión en la vida de Carolina Michaëlis (ahora sí ya de Vasconcelos); inflexión no sólo personal —más allá de las mudanzas atribuidas o atribuibles al cambio de estado civil, las correspondientes a una transculturación en toda regla—, sino también, y es lo que nos importa aquí, profesional y científica. Ya me hice eco con anterioridad de unas palabras de Malkiel acerca de las consecuencias del traslado en las condiciones objetivas de desarrollo de la labor investigadora de doña Carolina; démosle de nuevo la voz para abundar en otros efectos del traslado en lo referente a la orientación de dicha labor en un aspecto que, además, es para nosotros de capital importancia:

For six or seven long years, she refrained from publishing a single serious piece devoted to linguistics, familiarizing herself instead, at an amazingly brisk clip, with Por-

³⁵ Cae fuera del *scope* de este trabajo, centrado en los estudios literarios hispánicos de doña Carolina, pero es lícito detectar otra continuidad o fidelidad significativa a lo largo de su obra, la que representan los trabajos de naturaleza etimológica, especialmente los dedicados a etimologías españolas. Las "Etimologies espagnoles" (*Romania*, II [1873], 86-91) y las "Etimologisches" (*Jahrbuch für romanische und englische Literatur – Neue Folge*, I [1874], 202-207, 308-27) de la etapa pre-1876 hallan su continuación en sus "Portugiesische Etymologien" (*Zeitschrift für romanische Philologie*, VII [1883], 102-25), "Studien zur hispanischen Wortdeutung" (*Miscellanea di Filologia dedicata alla memoria del prof. Caix e Canello* [Firenze: Monnier, 1885], 113-66), "Etimologias portuguesas" (*Revista Lusitana*, I [1887-89], 117-32, 298-305), "Fragmentos etimológicos" (*Revista Lusitana*, III [1895], 129-90), "Yengo (Engo)-Enguedat-Engar" (*Miscellanea Linguistica in onore di Graziadio Ascoli* [Torino: Loescher, 1901], pp. 523-37), "Contribuições para o futuro dicionario etimológico das linguas hispánicas" (*Revista Lusitana*, XI [1908], 1-62), "Miscelas Etimológicas" (*Homenaje a Menéndez Pidal*, III [Madrid: Hernando, 1925], pp. 441-73. Sobre la labor etimológica de doña Carolina, *vid.* Malkiel, art. cit., especialmente 11-12 y 17-23.

tugal's pre-Classical and Classical literature. She became immersed in the writings of Francisco de Sá de Miranda and, above all, those of Luis de Camões; edited a short Christmas play traceable to that period; plowed through the contemporary collections of lyrical poems (*cancioneiros*); explored romances of chivalry, some of them of dubious authorship (art. cit., 16).

Este será el giro que Carolina Michaëlis de Vasconcelos impondrá a su labor investigadora, por las razones que más arriba quedaron dichas (véase *supra*, § 3.2), giro que la llevará a alcanzar la condición de figura fundacional de la filología portuguesa y personalidad fundamental para el avance de los estudios literarios en el ámbito luso. Antes de proceder al examen de los hitos de tan ilustre trayectoria en pos de la presencia en ellos de las letras hispanas, será preciso tener en cuenta varios factores. En primer lugar, un vistazo a la bibliografía de las publicaciones de doña Carolina permite advertir que desde 1876, año de su matrimonio, se abre un período de silencio editorial que alcanza hasta 1880 —con la salvedad de un trabajo menor de 1877.³⁶ Es evidente que el cambio de vida, de residencia y el nacimiento del hijo único del nuevo matrimonio causan “um abrandamento da actividade da investigadora”, que una vez superado se resolverá en “uma concentração cada vez maior nos estudos lusitanos”.³⁷ En segundo lugar, es preciso tener en cuenta que este segundo período de la actividad de doña Carolina se corresponde con sus años de florecimiento, madurez y vejez: desde 1880 —digamos—, con 29 de edad, hasta 1925 —doña Carolina permaneció activa hasta sus últimos meses de vida—, año de su fallecimiento con 74 cumplidos: es decir, un total de cuarenta y cinco años, frente a los nueve (1867-1876) de la primera etapa. Cantidad y calidad se alían para que doña Carolina produzca en esta segunda fase de su vida, la *fase portuguesa*, una obra amplia —153 entradas en la bibliografía de Moldenhauer— y excelente, la que le asegura un lugar preeminente en los anales de la filología portuguesa. Y en tercer lugar, un factor coadyuvante al anterior: desde su instalación en Oporto en 1876 hasta que fue honrada en 1911 con el ofrecimiento de una cátedra universitaria en Lisboa (luego en Coimbra: la primera catedrática de la universidad portuguesa), doña Carolina no desempeña actividad profesional alguna, y centra toda su vida en la familia y en la investigación. Este *status* de *Privatgelehrter*, indudablemente, le facilitó el tiempo necesario para el reciclaje y el ahondamiento de sus líneas de investigación.

³⁶ Vid. Moldenhauer, “Bibliografía de D. Carolina Michaëlis de Vasconcelos”, art. cit., pp. VIII-IX. Ese trabajo de 1877 es ya, sin embargo, de asunto portugués: “A cartilha portugueza e especial a do Sr. João de Deus”, *O Ensino*, I.2 (1877), 9-15; I.3, 17-19; I.5, 33-39.

³⁷ Pinto Correia, op. cit., p. 10.

Y como ya se ha dicho (*vide supra*, § 3.2), esa dedicación casi exclusiva a las letras portuguesas, y esa magnitud y calidad de sus aportaciones científicas, es la responsable de que en la obra de doña Carolina haya aportaciones importantísimas para el estudio de las letras castellanas. Y digo castellanas, o en lengua española, para justificar el no ir más allá de la pura y simple mención en el caso de contribuciones capitales de Michaëlis en un ámbito lingüísticamente portugués, aunque hoy administrativamente español, y culturalmente inseparable y mixto: me refiero al de la lírica medieval gallego-portuguesa, donde doña Carolina ganó tal vez uno de sus más altos y perdurables galardones como investigadora, su excelente edición y estudio del *Cancioneiro da Ajuda*.³⁸ Dejado esto expresamente al margen, revisemos los capítulos de la vasta obra de Michaëlis que se ocupan de las letras castellanas, así como las referencias ocupadas de asunto exclusivamente castellano, que también las hay —aunque es raro no encontrar en ellas un rasgo, un matiz o un factor siquiera ocasional que no nos lleve de una u otra manera a entrar en contacto con el mundo portugués.

Al hacer balance de las líneas directrices de la primera etapa de la trayectoria intelectual de doña Carolina, veíamos que el estudio del Romancero ocupaba un lugar preeminente (*vide supra*, §§ 4.2 y 4.5). Como no podía ser de otra manera, es indiscutible que, dentro del territorio de la investigación en literatura portuguesa de doña Carolina, el ámbito de la poesía popular, y más específicamente el ámbito del romancero, no solo es uno de sus predilectos, sino que es aquél en el que de

³⁸ *Cancioneiro da Ajuda. Edição crítica e comentada. Vol. I. Texto, com resumos em alemão, notas e eschemas metricos*, Halle, 1904, xxviii + 924 págs. *Vol. II. Investigações bibliographicas, biographicas e historico-literarias*. Halle: Niemeyer, 1904, 1001 págs. Añádase a esto el “Glossário do Cancioneiro da Ajuda”, *Revista Lusitana*, XXIII (1920), 1-95, así como otros trabajos menores — en comparación al *monumentum aere perennius* que es el mencionado—: “Zum Liederbuch des Königs Denis von Portugal”, *Zeitschrift für romanische Philologie*, XIX (1895), 513-41; las reseñas a Henry R. Lang, *Das Liederbuch des Königs Denis von Portugal*, *ibidem*, 578-615, y *Cancioneiro Gallego-Castelhano. I*, *ibidem*, XXVIII (1904), 200-31; la importantísima serie de “Randglossen zum alportugiesischen Liederbuch”, *Zeitschrift für romanische Philologie*, XX (1896), 145-218, XXV (1901), 129-74, 278-321, 533-60, 669-85, XXVI (1902), 56-75, 206-19, XXVII (1903), 153-72, 257-77, 414-36, 708-37, XXVIII (1904), 385-434, XIX (1905), 683-711; “A proposito de Martim Codax e das suas cantigas de amor”, *Revista de Filología Española*, II (1915), 258-73; “O lais galego-português «¡Lconoreta fin rosca!» e as origens do adjectivo «fin»”, *Lusa*, II (1918), 145-56; “Algumas palavras a respeito do Cancioneiro Colocci-Brancuti”, *Anais das Bibliotecas e Arquivos*, II (1921), 19-22. Véase en este mismo *colóquio* la contribución de Yara Frateschi Vieira sobre “Carolina Michaëlis e a lírica galego-portuguesa”, donde se pone de relieve la absoluta actualidad y vigencia de la investigación sobre la lírica gallegoportuguesa de doña Carolina, y se ofrecen alentadoras noticias respecto a la próxima reedición en traducción gallega de las imprescindibles “Randglossen” citadas.

forma más profunda —inexcusablemente profunda, diría mejor— se funden lo portugués y lo español, fundidos en la masa secular de la poesía oral, cantada y recreada por el pueblo.³⁹ Son numerosas las contribuciones a este respecto de doña Carolina, que culminan y se cierran en una serie de artículos publicados, por invitación y estímulo de Ramón Menéndez Pidal, en la revista *Cultura española*, entre los años 1907 y 1909, y bajo el título genérico de “Estudos sôbre o romanceiro peninsular. Romances velhos em Portugal”.⁴⁰ Esta serie de artículos, revisada y unificada, vio posteriormente la luz en forma de libro, con el título apodíctico de *Romances velhos em Portugal*, que, como muestra patente de su vigencia, ha venido recibiendo hasta hoy los honores de la reedición.⁴¹ Años antes, ya dentro de la etapa de Oporto, doña Carolina había publicado otras contribuciones al asunto, “Estudos sobre o Romanceiro peninsular”, y “Romanzenstudien”,⁴² el primero de ellos con carácter de reseña crítica de varias contribuciones al estudio del romancero en la Península Ibérica (Munthe, Leite de Vasconcelos, Juan Menéndez Pidal), y el segundo de ellos dedicado en su primera parte (40-89) al estudio de uno de los más antiguos y difundidos romances cidianos —otra vez el romancero del Cid, veintiún años después—, y en su segunda (397-421), al motivo del enterramiento fuera de sagrado de todo aquel que moría de amores. Ambos trabajos, extensos, prolijos, abundantísimos en datos y en reflexión crítica,⁴³ fundan un primer paso

³⁹ Son elocuentes a este respecto las palabras de Ramón Menéndez Pidal: “La vasta inteligencia de Doña Carolina Michaëlis de Vasconcellos propendía a estudiar aquellos temas en que más íntimamente se relacionan las grandes literaturas peninsulares. De ahí su preferente atención a Gil Vicente, a Sá de Miranda, a la lírica gallego-portuguesa, y a otros asuntos por el estilo. De ahí sus fundamentales trabajos sobre el Romancero, pues éste es el producto literario que más íntimamente enlaza entre sí a Portugal, Castilla y Cataluña, «esa unidade tripartida», como decía la autora” (Ramón Menéndez Pidal, “Los *Estudos sobre o Romanceiro peninsular* de doña Carolina”, *Miscelânea de estudos em honra de D. Carolina Michaëlis de Vasconcellos*, op. cit., p. 493). La cita acerca de la unidad tripartita que constituye la Península Ibérica se hallará en la p. 20 de la reimpresión de 1980 citada aquí en la nota 41.

⁴⁰ “Estudos sôbre o romanceiro peninsular. Romances velhos em Portugal”, *Cultura Española*, VII (1907), 767-803; VIII (1908), 1021-57; IX (1908), 93-132; X (1908), 435-512; XI (1908), 717-58; XIV (1909), 434-83; XVI (1909), 697-732.

⁴¹ La edición en libro es *Estudos sobre o romanceiro peninsular. Romances velhos em Portugal. Publicados en la revista «Cultura Española»*. Madrid, 1907-1909, s. i. t., in-4º, 368 pp. —tiene aspecto de ser una suerte de separata integrada, con numeración seguida, de *Cultura Española*—; si bien la vulgata del texto de esta obra, sobre todo en Portugal, es la edición *Romances velhos em Portugal*, Coimbra: Imprensa da Universidade, 1934; la reimpresión moderna es *Romances velhos em Portugal: estudos sobre o romanceiro peninsular*, Oporto: Lello & Irmão (Biblioteca iniciação literária, 6), 1980. Mis referencias están tomadas de esta edición.

⁴² *Revista Lusitana*, II (1890-92), 156-79 y 193-240; *Zeitschrift für romanische Philologie*, XVI (1892), 40-89 y 397-421.

⁴³ Autorresumen de los mismos en Michaëlis, *Romances velhos*, op. cit. pp. 18-20.

hacia la culminación que representan, en el ámbito del romancero peninsular, los artículos de 1907-1909 y el libro subsiguiente.

El germen de este trabajo está, como dice la propia doña Carolina en su prólogo (p. 7), en las páginas de su contribución al *Grundriss* de Gröber, auténtica piedra miliar de la romanística del XIX.⁴⁴ Ahí, en el § 21, recogía la noticia de la presencia de 60 pasajes de romances viejos castellanos presentes en obras portuguesas del siglo XVI. El dato no pasó inadvertido a Ramón Menéndez Pidal, quien invitó a doña Carolina a exponer sus ideas por extenso en *Cultura española*.⁴⁵ La idea central mantenida por Michaëlis es que esos

pequenos trechos de romances *castelhanos*, citados em *castelhano* (mais o menos castiço), ou traduzidos por autores quinhentistas e seiscentistas de Portugal, que os intercalaram como *intermezzo* musical em peças teatrais, ou os aproveitaram como enfeites, nessas e em outras obras literárias; alusões singelas a assuntos, situações ou protagonistas determinados; arremedos (contrafacções = *contrahechuras*) de alguns romances muito sabidos; trovas e glosas de composições inteiras, ou de fragmentos de romances; paródias burlescas; o emprego proverbial de nomes próprios e de hemistíquios alocutivos; finalmente, algumas anedotas que se ligam a esses romances velhos (ed. cit., p. 15)

son una reliquia de un cultivo antiguo de la creación romanceril *en castellano* en tierras de Portugal. La tesis queda formulada así por Michaëlis:

Até fins do século XV a *linguagem épica era para todos* —*espanhóis, galego-portugueses e catalães*— a *castelhana* (e facultativamente continuou a sê-lo nos séculos XVI e XVII), como a *linguagem lírica* fora até 1350 a *galego-portuguesa* para Portugueses, Galegos e Espanhois (e mesmo para alguns trovadores limosinos), e continuou a sê-lo facultativamente até 1450. De onde resulta que romances escritos em castelhano nem por isso são necessariamente obra de castelhanos. E torna-se provável que o povo que burilou jóias tão finas como *En el mes era de abril* e *Gritando va el caballero* (e contribuiu de 1450 em diante para o Cancionciro e Parnaso lírico com uma infinidade de composições valiosas, enriquecendo também o pecúlio da nação vizinha com novelas de cavalaria, novelas pastoris, comédias, obras históricas, etc.) **colaboraria igualmente na parte anónima do romancero**, e antes disso na refundição jogralesca das gestas épicas (*op. cit.*, pp. 26-27; cursiva de la autora, negrita mía).

⁴⁴ Carolina Michaëlis de Vasconcelos y Theophilo Braga, "Geschichte der Portugiesischen Literatur", en Gustav Gröber, *Grundriss der romanischen Philologie*, II. Band 2 (Estrasburgo: Trübner, 1897), pp. 129-382.

⁴⁵ Menéndez Pidal fue uno de los corresponsales españoles más rendidos y asiduos de doña Carolina: a ella le dedicó su monografía sobre el abad don Juan de Montemayor, y a ella le ofreció las páginas de la *Revista de Filología Española* y de las publicaciones del Centro de Estudios Históricos más de una vez. Ella, a cambio, le dedicó —junto con su esposa María Goyri, y junto con Leite de Vasconcellos— estos *Romances velhos em Portugal*. Sobre las relaciones españolas de Michaëlis, *vid.* la contribución de Andrés Soria Ortega a este *Colóquio* sobre "Los contactos españoles de Carolina Michaëlis".

Al fin y al cabo, esto es en realidad lo esperable, en analogía con lo sucedido en el caso del Romancero nuevo, como recalca doña Carolina:

Se há lindos romances castelhanos de D. João Manuel, Gil Vicente, Jorge de Montemor, glosas de António Lopes de Trancoso, Diogo Garcia de Bragança, Gabriel de Saraiva, etc.; e se há romances portugueses, contemporâneos, do mesmo Gil Vicente, de Bernardim Ribeiro, Jorge Ferreira de Vasconcelos, Francisco Rodrigues Lobo, etc., etc., porque não há-de haver entre os mil anónimos uma parte devida a Portugueses? Diminuta, sim, mas proporcional tal vez à sua importância numérica? (*op. cit.*, p. 21, cursiva mía).

El núcleo del trabajo, por lo tanto (pp. 33-246) es el rastreo y hallazgo de un total de 121 reliquias romancísticas castellanas, agrupadas en 51 casillas temáticas —no sorprende en absoluto que la dedicada a la presencia y posteridad portuguesas de los romances del Cid (pp. 52-82, 247-251) sea una de las más nutridas y mejor tratadas— presentes en obras portuguesas de los siglos XV a XVII, que formarían el cuerpo de evidencia suficiente para sustentar la base de la antedicha teoría de composición portuguesa de romances en lengua castellana sostenida por doña Carolina. No seré yo quien juzgue o exprese el acierto con que doña Carolina defiende y argumenta su teoría, dado que al análisis y valoración de estos *Estudos* dedicó don Ramón Menéndez Pidal su contribución a la *Miscelânea* citada en honor de doña Carolina Michaëlis.⁴⁶ Y don Ramón no deja margen a la duda: califica de “fundamentales” (p. 493) los trabajos romanceriles de doña Carolina, y respalda en las páginas de este artículo con materiales y datos procedentes de su vasto trabajo de indagación romancística lo veraz de sus tesis. Este espaldarazo recibido del gran maestro de los estudios sobre el Romancero peninsular atestigua mejor que ninguna cosa que yo pueda decir aquí la importancia que la investigación de Michaëlis reviste en este ámbito panhispánico. Baste añadir únicamente por mi parte la constatación de que los datos manejados, la lucidez de los juicios críticos efectuados y, sobre todo, la inmensa capacidad de memoria y asociación que supone el rastreo pertinaz y acucioso de citas, ecos y reminiscencias de romances viejos castellanos a lo largo de dos siglos largos de literatura portuguesa, solo están al alcance de una inteligencia privilegiada y de una voluntad de trabajo y lectura anormalmente intensa, y que los datos allegados son absolutamente imprescindibles para el conocimiento de la difusión e influencia del romancero viejo en la Península Ibérica durante los siglos XVI y XVII.⁴⁷

⁴⁶ Ramón Menéndez Pidal, “Los *Estudos sobre o Romancero peninsular* de doña Carolina”, *Miscelânea de estudos em honra de D. Carolina Michaëlis de Vasconcellos*, *op. cit.*, pp. 493-500.

⁴⁷ Un ejemplo palpable de la vigencia actual de este trabajo de doña Carolina es su uso abundante por parte de Aida Fernanda Dias en su importante *O «Cancioneiro Geral» e a poesia peninsular de*

La del romancero no es la única parcela de la antigua poesía castellana roturada por el numen filológico-crítico de doña Carolina. En consonancia con las tendencias preferentes manifestadas en la configuración de la primera fase de su obra, la poesía lírica —con más vitalidad la popular o tradicional— va a ser otra de las líneas de *longue dureé* en el itinerario erudito de nuestra autora (*vide supra* §§ 4.3 y 4.5). No sorprende en absoluto, por tanto, que diversos artículos suyos se ocupen de aspectos de la lírica medieval castellana, sea de la época de orígenes, sea de la cuatrocentista cancioneril. Mencionaré aquí alguno de ellos. Relación con el romancero y su pervivencia en la poesía cancioneril a través de glosas tiene la nota “Zum *Cancionero General* de Nájera”,⁴⁸ en que se explora el caso del romance “Tiempo bueno, tiempo bueno” y su glosa “Al tiempo bueno” en el *Cancionero* de Esteban de Nájera, junto con otras presencias en el *Cancioneiro Geral* de Resende y sus concomitancias o huellas en poemas de Boscán, Camões o Andrade de Caminha. Similares características tiene el artículo “Zum *Cancioneiro d’Evora*”,⁴⁹ donde se ocupa de Garci Sánchez de Badajoz, Sâ de Miranda, Montemayor, Cartagena y Camões. Sobre la descendencia, fama y posteridad portuguesas de uno de los poemas capitales de la lírica castellana del cuatrocientos, las *Coplas* de Manrique, versa el artículo “Recuerde el alma dormida”,⁵⁰ donde más allá de las conocidas glosas poéticas de Montemayor y Silvestre recoge doña Carolina la consideración encomiástica que le merecían al rey João II —“tão neccesario era a hum homem sabellas como saber o Pater Noster”, como estableció García de Resende en su *Chronica de Joam II*— (pp. 149-50), o se hace eco de la imitación tópico-rítmica de Camões (pp. 151-52), pasando por diversas parodias o *contrafacta* portugueses del poema de Manrique (pp. 152-58).

Diverso es el tenor del artículo “Este es el Calbi Orabi”,⁵¹ donde doña Carolina, al hilo de la elucidación del cantar “Calbi orabi” que aparece en Gil Vicente (*Comedia de Rubena, Tragicomedia de don Duardos*), realiza un recorrido por la presencia de cantarillos afines o relacionados en Villasandino, Imperial, el *Libro de Buen Amor* (1229b) de Juan Ruiz —especialmente— y Francisco Salinas, el

quatrocetos (contactos e sobrevivência) (Coimbra: Almedina, 1978), pp. 14-15, 60, 100, 149, 150, 245, etc.

⁴⁸ *Zeitschrift für romanische Philologie*, V (1881), 77-79.

⁴⁹ *Zeitschrift für romanische Philologie*, V (1881), 565-71.

⁵⁰ *Revue Hispanique*, VI (1899), 148-62.

⁵¹ *Revista Lusitana*, XVIII (1915), 1-15. Hay una edición exenta: *Notas sobre a Canção perdida: Este es Calbi Orabi*, Oporto: Sequeira, 1915.

músico amigo de Fray Luis. Todos derivados, según concluye Michaëlis, de un *anexim* árabe y muestra de su pervivencia a lo largo de tres siglos de literatura peninsular. En torno a relaciones poéticas árabes con las letras peninsulares trata un texto de doña Carolina publicado póstumamente —y no escrito para ser publicado—: me refiero a su *Das origens da poesia peninsular*, dado a la luz por Alfredo Pimenta, a quien la autora lo envió como carta. En este texto (datable *post* 1919 y *ante* 1924)⁵² acerca de la influencia árabe en la lírica medieval de la península, Michaëlis se muestra al corriente de, y en lo esencial de acuerdo con, las aportaciones acerca del influjo árabe en los orígenes de la lírica romance, formuladas por Ribera, Codera y Pidal, y coincide con ellos en la necesidad de postular la existencia de una lírica románica hispanoárabe (pp. 23-24): una apuesta por la teoría que veintitantos años después el descubrimiento de las jarchas romances iba a confirmar.⁵³

Ajeno en su origen al estudio de las relaciones poéticas medievales hispano-lusas es un trabajo importante de doña Carolina, “Observações sobre alguns textos lyricos da antiga poesia peninsular”.⁵⁴ En él estudia (1-20, 27-32) y edita (20-27) uno de los más venerables textos de la lírica castellana, la *Razón de amor con los denuestos del agua y el vino*. Edición que todavía es tenida en cuenta y discutida por los editores posteriores de la *Razón*, desde Menéndez Pidal a Enzo Franchini,⁵⁵

⁵² *Das origens da poesia peninsular. Estudo seguido de quarenta e sete cartas dirigidas a Alfredo Pimenta*. Lisboa: José Fernandes Júnior, 1931. El texto que nos interesa ocupa las páginas 13-27; el resto del volumen contiene la transcripción de las mencionadas 47 cartas de doña Carolina, alguna de ellas interesante para un mejor conocimiento de su personalidad. Para la cronología del texto que comentamos, *vid.* pp. 26 —menciona la famosa conferencia de Menéndez Pidal en el Ateneo de Madrid en 1919— y 2 —data la última carta recibida de Michaëlis en 1924.

⁵³ No sé si es demasiado aventurado vislumbrar en una formulación como la que enseguida se cita una conjetura afin al estado de cosas que el descubrimiento de las jarchas romances va a plantear: “As formas primitivas da poesia popular hispanica —o *CantarCILHO* ou *Cantar velho*, o proverbio ritmico e rimado de 2, 3, 4 versos curtos (hemístiquios) utilizado como *refrain* em algumas poesias cultas de trovadores, e mesmo o *vilancete* de que ha exemplos (Abba)— precexistiam e são os germes das moaxahas do século IX, X, XI, germes de sementes latinas, mais que no solo e clima peninsular se tinham desenvolvido de modo especial, sobretudo na Andaluzia e no Algarve, na convivencia com Arabes” (*op. cit.*, p. 25; modifíco la extraña puntuación —más bien *hyphenation*— presente en el texto original).

⁵⁴ *Revista Lusitana*, VII (1902), 1-32.

⁵⁵ Ramón Menéndez Pidal, “*Razón de amor con los Denuestos del agua y el vino*”, *Revue hispanique*, XIII (1905), 602-18, luego en *Textos medievales españoles. Ediciones críticas y estudios* (Madrid: Espasa-Calpe [*Obras Completas de R. Menéndez Pidal*, XII], 1976), pp. 103-17 —Pidal discute y comenta abundantemente las ideas expresadas por doña Carolina en su estudio—, Mario Barra Jover, “*Razón de Amor*”, *Revista de Literatura Medieval*, I (1989), 123-53 —tiene en cuenta en

y que es un empeño especialmente meritorio dentro de la trayectoria hispanomedievalista de doña Carolina, y que además me interesa resaltar aquí por lo que tiene de ejemplo paradigmático de la altura de su conciencia y de su praxis filológica —en el sentido específico de la voz *filología* como técnica de la fijación, lectura literal y explicación de textos—, tan patentes en la mayor parte, por no decir la totalidad, de sus trabajos.

De esta apretada relación se desprende la prolongación en esta segunda etapa de su vida investigadora del interés de doña Carolina por la lírica medieval castellana, especialmente su vertiente más popular y tradicional, que dejaba translucir con viveza su proceder como antóloga ya mencionado con anterioridad (*vide supra* § 4.3). Pero es preciso tener en cuenta, y ya se dijo precisamente al comentar las características de dicha antología, que es la lírica renacentista peninsular, en su doble vertiente portuguesa y castellana, la que más debió agradar a la lectora Carolina Michaëlis, y, por ende, la que recibió una mayor atención en el transcurso de sus empeños eruditos.

El interés por la poesía lírica de doña Carolina Michaëlis no se circunscribe al período medieval; al contrario, es el de la lírica renacentista el territorio predilecto de investigación de la segunda fase de su trayectoria erudita, y solo sus meritisimas investigaciones sobre la obra de Luís de Camões bastarían para atestiguarlo. Pero hay más, mucho más. Caso axiológico de la orientación de los estudios de letras castellanas emprendidos por doña Carolina en la segunda etapa de su vida investigadora la aporta la que es una de sus grandes obras: su edición y estudio de las poesías de Francisco de Sâ de Miranda.⁵⁶ Como tantos poetas —y prosistas— portugueses del XVI, Sâ de Miranda escribió parte de su obra en castellano, y esos poemas castellanos —que forman un no desdeñable conjunto, como se verá— son estudiados y editados por doña Carolina con tanto primor y acuidad como la obra portuguesa del poeta de Coimbra: es imposible, por ende, levantar con propiedad y precisión —como hace doña Carolina— el mapa del mundo poético de Sâ de Miranda sin ocuparse de su producción en lengua castellana. Y eso pese a que

el aparato crítico las lecturas por ella propuestas—; Enzo Franchini, *El manuscrito, la lengua y el ser literario de la «Razón de Amor»*, Madrid: CSIC, 1993 —discute en pp. 133 y sigs. las propuestas de Michaëlis respecto del orden correcto de los versos.

⁵⁶ *Poesías de Francisco de Sâ de Miranda. Edição feita sobre cinco manuscritos ineditos e todas as edições impressas, acompanhada de um estudo sobre o poeta, variantes, notas, glossario e um retrato por Carolina Michaëlis de Vasconcellos*. Halle: Max Niemeyer, 1885. 15 + cxxxvi + 949 pp.

doña Carolina muestra abierto disgusto por la pródiga utilización que los poetas renacentistas portugueses hicieron del castellano:

Muitissimo se tem escripto e discutido sobre a moda funesta que levou, no seculo XVI e XVII, todos os poetas portuguezes menos um (*o bom Ferreira, da lingua amigo*), a escreverem, em parte, ou exclusivamente, em castelhano —moda que cerceou a litteratura portugueza, roubando-lhe muitas obras boas e algumas de primeira ordem e de fama europea, como a *Diana* de Montemor, e enriquecendo a nação vizinha (“Introdução”, p.[cxxxvii]).

La cantidad de composiciones poéticas castellanas que este empeño filológico y literario de doña Carolina nos ofrece científicamente editadas, anotadas y estudiadas es considerable: como dice la editora en su prólogo, “entre as 189 obras de Miranda que este volume encerra, 75 são castelhanas e 114 portuguezas” (*ibid.*, p. cxxviii), entre ellas algunas tan importantes en la lírica castellana del XVI como su *Égloga I* (pp. 97-150) o su archifamosa *Fábula del Mondego* (pp. 263-290), entre muchas otras. Las páginas de la *Introdução* que se ocupan de esta parte de la obra mirandiana (pp. [cxxvii]-cxxxii) se ocupan no sólo de dilucidar las razones que subyacen a la diglosia —que no bilingüismo— poética de Miranda (pp. cxxviii-cxxix), sino también de examinar desde el punto de vista de la contaminación lingüística la contextura verbal de los poemas castellanos de Sã de Miranda, y proceder editorialmente en función de las conclusiones obtenidas (pp. cxxix-cxxxii). Sin lugar a dudas, y si consideramos que es inadecuado estudiar la poesía castellana del Renacimiento sin tener en cuenta las composiciones en castellano de poetas nacidos en Portugal (o en Cataluña), será necesario conceder que la modélica edición de las de Miranda realizada por doña Carolina es un instrumento imprescindible para nuestro conocimiento íntegro de la lírica quinientista castellana, y desde luego, el lugar al que ir hoy en día, ciento y pico años después, a leer con plena garantía filológica la producción poética castellana del conimbricense.

A mi modo de ver, y sin salir del territorio de la lírica de los siglos XVI-XVII, una de las grandes aportaciones de doña Carolina al ámbito de las letras castellanas es su trabajo “Investigações sobre sonetos e sonetistas portugueses e castelhanos”, artículo —con extensión de libro— que apareció en las páginas de la deslumbrante *Revue Hispanique* fundada y promovida por el hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc.⁵⁷ Precisamente el origen del trabajo de doña Carolina está en una publicación anterior de Foulché-Delbosch en las páginas de su revista,

⁵⁷ *Revue Hispanique*, XX (1910), 509-614.

titulada “237 sonnets” y consistente, en fiel consonancia con su título, en la transcripción de esa cifra de sonetos castellanos, en su mayor parte anónimos —o no explícitamente atribuidos a autor alguno—, procedentes de 13 manuscritos de la Nacional de Madrid, totalmente huérfanos de tipo alguno de comentario, glosa o nota.⁵⁸ A partir de ese copioso caudal de datos literarios en bruto, doña Carolina desarrolla, al hilo de su lectura, y con base en su vasta cultura literaria hispano-lusa, un amplio comentario acerca de múltiples aspectos de interés, con un objetivo primordial:

Creio que espalharci alguma luz sobre as íntimas relações que houve entre os Quinhentistas e Sciscentistas das duas nações [peninsulares]; sobre o costume de os Portugueses poetarem em castelhano [...], e sobre o funesto desleixo «fidalgo» que os levava a não cuidarem da impressão das suas obras, em redacção definitiva, contentando-se com a glória de as fazer circular em manuscrito entre amigos, damas da côrte, validos e colegas, quer isoladas, a medida que as compunham ou retocavam, quer conglobadas em séries, em cadernos caligraficamente escritos.⁵⁹

Concurren a estas páginas, bajo el antedicho punto de vista, nombres a los que doña Carolina ha dedicado ya a estas alturas, y va a seguir dedicando en el futuro, páginas memorables: Francisco Sâ de Miranda, Luis de Camões o Bernardim Ribeiro, junto con muchos otros autores portugueses y castellanos. La relación de nombres es interminable (genial la observación de doña Carolina: “os sonetistas hispánicos são infinitos”, p. 511), pero toda girando en torno al cultivo en la Península, bajo las normas y preceptos de una poética italianista —en último término petrarquesca— del soneto como máxima expresión de la nueva poesía; y ello mayoritariamente en lengua castellana. De esta realidad poética, hija de un bilingüismo literario e igualmente cotidiano, son testigos nombres como los de Gregorio Silvestre, Diego Ramírez Pagán, Fernán de Acuña, Jorge de Montemor, o Francisco Sâ de Miranda, todos portugueses de nación, pero de expresión poética en buena medida en castellano. El centenar de nutridas páginas del trabajo de doña Carolina arroja, desde la atalaya de la literatura portuguesa, abundante luz sobre este no pequeño —más de 3.300 versos— corpus poético en lengua castellana, en una corroboración más de la imposibilidad de trazar divisorias entre literatura portuguesa y literatura castellana en el Renacimiento. En otros casos, doña Carolina

⁵⁸ R. Foulché-Delbosc, “237 sonnets”, *Revue Hispanique*, XVIII (1908), 488-618. En honor a la verdad, hay que consignar la presencia de una nota en la p. 603, con una escueta aclaración paleográfica.

⁵⁹ Michaëlis, “Sonetos e sonetistas”, art. cit., 509-10.

muestra su dominio y su conocimiento de la obra de los poetas castellanos del XVI y el XVII confirmando o deshaciendo numerosas atribuciones de autoría: tales casos afectan a Francisco Trillo de Figueroa (p. 518), Diego Hurtado de Mendoza (p. 522, 523, 524), Francisco de la Cueva (p. 529), Lope de Vega (pp. 530, 587), Pedro de Liñán (p. 536), Lupercio Leonardo de Argensola (pp. 537-38), Francisco de Figueroa (p. 519), Fernando de Acuña (pp. 525-27, 588), etc.; también, claro está, hay copiosas aportaciones a las atribuciones a poetas portugueses: señaladamente las exageradas y por lo general falsas a Camões (pp. 519-21, 524, 525-27, 533-36 —en este caso se trata de una traducción—, 543-580 —páginas fundamentales para emprender el estudio del Camões castellano—); Sá de Miranda (pp. 515-18, 521-22) y Gregorio Silvestre (p. 524), entre otros muchos. El tomo se cierra con unas interesantísimas páginas dedicadas al escudriñamiento de diversos textos poéticos castellanos presuntamente de puño de Felipe II (pp. 594-610), en que doña Carolina hace alarde de su conocimiento profundo de la lírica quinientista castellana. En suma, y parafraseando el título de un libro de Umberto Eco publicado no hace mucho, la profesora Michaëlis emprendió a lo largo de estas páginas 237 paseos por los bosques líricos hispanolusos de los Siglos de Oro: tal vez paseos no muy largos en muchos de los casos, pero muchos paseos, muchos más de los que están al alcance de un no excelente conocedor de ese período de las letras peninsulares.⁶⁰

Decía antes que el perfil de la labor sobre las letras españolas de doña Carolina Michaëlis en la primera etapa de su trayectoria investigadora mostraba que el teatro, la literatura dramática, fue uno de sus ámbitos predilectos de interés (*vide supra*, §§ 4.1 y 4.5). No sorprenderá en absoluto encontrar importantísimas publicaciones sobre teatro en la extensa segunda etapa de su ejercicio de investigación literaria, y si consideramos que en su mayoría giran en torno a la figura de *o Plauto português*, el gran Gil Vicente, es fácil adivinar la frecuencia e intensidad de las interpenetraciones hispano-lusas existentes en esta parte de la obra de doña Carolina. Dentro de ese territorio mixto es especialmente importante para la historia de la literatura española una de las grandes obras de doña Carolina —una doña Carolina ya anciana, de 71 años—, esta además publicada en España

⁶⁰ Muy similar a este trabajo que acabamos de comentar, aunque en mi opinión menos interesante a nuestros propósitos —la presencia castellana en él es menor—, es otro artículo de doña Carolina en *Revue Hispanique*, “Notas aos Sonetos anonyms”, *RHi*, VII (1900), 98-118, en que glosa diversos sonetos publicados con anterioridad en la misma revista (“136 Sonnets anonymes”, VI [1899], 328-407) haciendo gala de su ya dicho privilegiado conocimiento de la lírica peninsular —castellana y portuguesa— de los siglos XVI y XVII.

(en Madrid, para ser exactos), basada en fondos bibliográficos pertenecientes a la Biblioteca Nacional de Madrid, y en cuya gestación es fundamental la figura de uno de los más asiduos corresponsales y fieles amigos españoles de doña Carolina, don Ramón Menéndez Pidal. Me refiero al volumen *Autos portugueses de Gil Vicente y de la escuela vicentina. Edición facsímil con una introducción de Carolina Michaelis de Vasconcellos*⁶¹, en que nuestra autora acompaña la reproducción facsimilar de 20 pliegos sueltos de la Biblioteca Nacional que contienen autos portugueses debidos a la pluma de Gil Vicente o de seguidores suyos con un estudio extenso (124 páginas) sobre la importancia máxima que estos autos tienen para trazar la historia del teatro quinientista portugués, bien por ser absolutamente desconocidos, bien por representar redacciones originarias de las obras, anteriores a la censura del Inquisidor mayor, el cardenal-infante don Henrique (prólogo, p. 7). Pero, claro, no es tanto la importancia —indiscutible, desde luego— que este libro de doña Carolina tiene para escribir la historia del teatro portugués lo que más nos importa aquí, sino la gran cantidad de materiales interesantes que para el estudio de la literatura española se encierran en sus páginas. En el estudio preliminar, por ejemplo, se encierran importantes datos sobre las traducciones y la recepción del teatro de Gil Vicente en la Castilla de hacia 1530-1540 (p. 19-20); acerca de la elucidación de las razones que llevan a Gil Vicente a escribir la cartaprólogo de su *Tragicomedia de Dom Duardos* en castellano (la obra se compuso para su representación en la boda de Carlos I con Isabel de Portugal, pp. 22-23); o acerca de la presencia —por desgracia nutrida— de obras teatrales castellanas en los índices inquisitoriales de 1559 y sucesivos (pp. 88-89). Pero lo más importante de esta obra de doña Carolina para los estudiosos de la literatura renacentista española es, cómo no, la reproducción de los textos. Nos hallamos, en efecto, ante textos dramáticos portugueses (el *Auto de Inês Pereira* y el *Sumario da História de Deus* de Gil Vicente, el *Auto de Santa Caterina* y el *Auto do nascimento* de Baltasar Diaz, el *Auto das Regateyras* de Antonio Ribeyro Chiado, o los anónimos *Auto do Duque de Florença*, *Auto de D. Luis e dos turcos* o *Farsa Penada*), pero sin los que cualquier intento de trazar una historia del teatro castellano del Renacimiento resultaría incompleta. Y no solo porque entre esos textos haya, como se ha dicho, autos de Gil Vicente, autor que, como Montemor o Sâ de Miranda, ejemplifica perfectamente la doble cultura de autores nacidos en Portugal pero con obra importante en castellano, y que desde luego es tan capital en las letras renacentistas portuguesas como importantísimo en las castellanias; sino porque estos textos portugueses arrojan luz decisiva sobre algunos aspectos curiosos de

⁶¹ Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1922.

las letras renacentistas que se vinculan con las líneas de fuerza de diversos géneros literarios de implantación transnacional y que ofrecieron a la sazón copiosa descendencia textual en lengua castellana. Tal acaece con el anónimo *Auto do Duque de Florença*, pieza bilingüe, escrita en su mayor parte en castellano —con la excepción de los parlamentos de algunos personajes pastoriles o rurales, que se expresan en portugués. Tal situación de diglosia tiene, por cierto, condición excepcional dentro del conjunto de los diecinueve autos reproducidos en el volumen, dado que lo común es que el auto esté en lengua portuguesa, con la excepción de los parlamentos de los pastores, que se expresan en castellano, o, para más propiamente decir, en sayagués, esa suerte de *koiné* lingüística pastoril desarrollada por Encina y Lucas Fernández que, a la vista de estos testimonios, se erige en lengua común de la rusticidad literaria hispanolusa.⁶² Sin los datos que aportan los pastores del *Auto do Nascimento* de Baltasar Díaz, del *Auto de Santiago* de Afonso Alvarez, del *Auto da Bella Menina* de Sebastião Pirez, de la anónima *Farsa Penada*, no se pueden trazar en su integridad ni la etopeya ni la caracterización lingüística de la figura literaria del pastor en el teatro español del Renacimiento. En otras ocasiones estos pliegos sueltos portugueses dan cabida a versos en castellano no originados por la naturaleza pastoril de sus emisores pragmáticos. En el caso del anónimo *Auto de dom Fernando* nada más natural que un personaje que aparece caracterizado como “hum castelhano” se exprese en su propia lengua, en contraste con la portuguesa de los restantes (con la excepción de “hum negro” que, como es habitual en el teatro del XVI, tan atento a caracterizar a sus personajes recurriendo a una polifonía de códigos lingüísticos capital en la construcción de su fisonomía expresiva y lingüística, se expresa en habla de negros). Igual situación se da en el *Auto dos enanos*, donde “hum castelhano” (que aparece con “hum bouo, seu criado”) se expresa, dada su nacionalidad, en su lengua; lo que nos permite conjeturar sin riesgo que “donha Paula”, la enamorada de “don Silvano”, que se expresa en castellano —mientras que su enamorado lo hace en portugués— es también castellana de nación; el hecho de que “huma sabia italiana” que aparece fugazmente en este auto se exprese en toscano a estas alturas no sorprende en absoluto.⁶³

⁶² Es obligatoria la referencia al trabajo de John Lihani, *El lenguaje de Lucas Fernández. Estudio del dialecto sayagués*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1973. Dedicó a Gil Vicente las pp. 34-35, y a “los contactos entre Portugal y España” las pp. 27-34; en estas últimas cita copiosamente aportaciones debidas a la pluma de doña Carolina Michaelis (pp. 28-29 y 34: *Notas vicentinas* [Lisboa, 1949], pp. 470-74), imprescindibles para el conocimiento de las andanzas de Lucas Fernández y Juan del Encina por tierras de Portugal.

⁶³ Hay un caso más, que reduzco a nota para no extenderme en demasía: en el *Auto dos dous ladrões* de Antonio de Lixboa aparece un personaje llamado Villalpando, que se expresa en castellano.

Pero la presencia de versos en castellano en este conjunto de pliegos portugueses no se circunscribe a los correspondientes a las intervenciones de personajes castellanos, o presumiblemente castellanos. Son numerosas las composiciones líricas castellanas que en ellos aparecen contenidas a fin de ocupar espacio del pliego no cubierto por la impresión del texto del auto. Tal sucede en el pliego que contiene el antes mencionado *Auto de Santiago*, que en sus páginas finales encierra dos romances: uno bilingüe portugués-castellano, “en vulgar estilo para cantar ao som de Emperatriz y Reyna, que lhe vem muito natural”, que comienza «Pranto fazem em Lixboa / dia de sancta Luzia» y está dedicado a la muerte del rey don Manöel (lo que está en castellano es lo dicho en estilo directo por “A Raynha estrangeira”); y otro, igualmente bilingüe, que es “la segunda parte que es vn Romance que cuenta de como fue leuantado por Rey el muy alto Principe don Joan tercero Rey de Portugal”, que comienza «Diez y nueue de Deziembre / cerca era de Naudad». Ambos romances, como señala doña Carolina en el estudio preliminar (p. 31), son obra de Gil Vicente. En otro de los pliegos, el que contiene el *Auto dos dous ladrões* de Antonio de Lixboa, se completa el espacio sobrante con un “Chiste” en castellano («Ley divina y humana / es que muera el que mato / qualquier que no perdono / no es perdonado»; véase estudio preliminar, p. 33) y con las “Coplas de Oyme la mi señora lo que os quiero dezir”, uno y otras en castellano. En fin, entre las varias composiciones que acompañan a la *Farsa Penada* están las “Coplas muy graciosas de Meterte quiero yo monja” y el “Villancico de vna gentil dama a vn galan su enamorado”, en castellano. Estos pliegos dramáticos portugueses, por lo tanto, que doña Carolina estudió y editó ejemplarmente, ofrecen diversas composiciones líricas castellanas que, por verse reducidas a su triste condición utilitaria de relleno de un espacio blanco, y por mor de esa misma funcionalidad utilitaria, ponen de relieve la intercambiabilidad de códigos lingüísticos permitida por la competencia de un modesto lector de los que gustaban los impresos más modestos y asequibles, los pliegos sueltos; o lo que es igual, la presencia real de un bilingüismo castellano-portugués, al menos en lo literario y poético, en el Quinientos peninsular.

Para acabar con esto, un comentario más referido a este aspecto pero con un personaje como receptor: en el *Auto de Inês Pereira* de Gil Vicente la protagonista da comienzo a la acción dramática entrando a escena mientras canta un cantarcillo castellano: “Quien con veros pena y muere, / ¿qué hará cuando no os viere?”. El mundo de lo teatral y el de la poesía lírica, dos de los ámbitos literarios más gratos a doña Carolina, se dan aquí la mano.

Exactamente lo mismo sucede en otro importante trabajo de doña Carolina, aunque con una mayor presencia en él de lo lírico respecto de lo teatral. Se trata del artículo “Nótulas sobre cantares e vilhancicos peninsulares e a respeito de Juan del Encina”. Es un trabajo bipartito: en la primera parte revisa y comenta doña Carolina varias de las 52 canciones ibéricas —46 castellanas, cuatro catalanas, dos portuguesas— contenidas en el *Cancionero de Uppsala*, publicado hacía no mucho tiempo —1909— por Rafael Mitjana. Siendo el comentario de este esencialmente musicológico, Michaëlis emprende aquí el comentario literario de estas composiciones, con un proceder similar al de los casos de los ya reseñados en estas páginas “Notas aos sonetos anonymos” e “Investigações sobre sonetos e sonetistas portugueses e castelhanos”, mediante escolios, comentarios y apostillas siempre relevantes y esclarecedores, que demuestran una vez más su conocimiento privilegiado de la poesía del XVI, con incursiones en la castellana del XV (vid. por ejemplo pp. 339-40). En la mayor parte de esos *scholia* a estas composiciones, doña Carolina traza una delineación de la fluencia poética mutua luso-castellana tan exacta como ejemplar. En cuanto a la segunda mitad del trabajo, en ella demuestra Michaëlis que las doce composiciones que siguen a la *Égloga de Plácida y Vitoriano* de Juan del Encina no son, contra lo que se venía dando por sentado, obra de Encina, sino que en realidad salieron de la pluma de Cartagena, Garci Sánchez, el Almirante Fadrique Enríquez, Jorge Manrique, etc. Era algo que, como explícitamente dice doña Carolina en estas páginas, ya había demostrado en su reseña a un trabajo del norteamericano H. A. Rennert,⁶⁴ pero que, ante el escaso eco obtenido, vuelve a argumentar, con nuevos datos, aquí. Aparte de lo dicho, y es la parte más específicamente teatral de este trabajo, doña Carolina se ocupa de diversas noticias y factores relativos a la fecha y circunstancias de redacción y representación de la obra de Encina ya mencionada. Para corroborar la vigencia de los datos ofrecidos por doña Carolina al respecto, baste decir que en la más reciente y fiable de las ediciones del teatro de Encina, la elaborada por Miguel Ángel Pérez Priego, este ilustre medievalista se hace eco, haciéndolas suyas, de algunas de las conclusiones por ella formuladas.⁶⁵

Nominalmente corresponde al ámbito teatral —aunque hay que tener muy presentes las dificultades o, mejor, peculiaridades de los rubros de filiación genérica

⁶⁴ H. A. Rennert, “Der spanische Cancionero des British Museum (MS. Add 10.431)”, *Romanische Forschungen*, X (1895), 1-176; reseña de doña Carolina en *Literaturblatt für germanische und romanische Philologie*, XVIII (1897), 127-43.

⁶⁵ Juan del Encina, *Teatro completo*, ed. de Miguel Ángel Pérez Priego (Madrid: Cátedra, 1991), pp. 16 y 31.

utilizados por los cultos del siglo XV, tan apegados a la tratadística clásica— un importante trabajo de doña Carolina, el artículo —más bien libro encubierto— con el que contribuyó al *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, “Uma obra inédita do Condestável D. Pedro de Portugal”.⁶⁶ Ahí presenta, estudia y edita doña Carolina la *Tragedia de la Insigne Reyna Doña Isabel*, escrita en torno a 1456 por el autor de la *Sátira de felice e infelice vida* y las *Coplas de Contemptu Mundi*, uno de los más atractivos —y descuidados desde el mundo académico español— del s. XV. Tras un extenso estudio —que se encarga de asuntos codicológicos (pp. 639-649), del análisis literario de la obra (pp. 654-665), y de su enclavamiento histórico (pp. 666-680)—, doña Carolina presenta (pp. 689-732) la edición del texto. Una edición pulcra y precisa, a partir del manuscrito que perteneció al bibliófilo Fernando Palha. Y no es un elogio inmotivado por mi parte: Aida Fernanda Dias dictamina en el prólogo de su edición de las *Coplas* del Condestable don Pedro que en diversos pasajes del texto la edición Michaëlis es más correcta que la mucho más reciente —y por otra parte muy meritoria— de Adão de Fonseca.⁶⁷ vaya ello como testimonio fehaciente de la firmeza y solvencia filológica y ecdótica —si no es todo uno y lo mismo, a la postre— de la labor de doña Carolina. Esta edición de la *Tragedia de la Insigne Reyna Doña Isabel* sigue siendo todavía hoy —102 años después— una aportación imprescindible para el estudio de la obra del Condestable, y, si tiene alguna importancia aquí mi gusto personal —que ya sé que no—, mi predilecta de entre todas las publicaciones de asunto castellano de doña Carolina. De nuevo se reitera en la base de este trabajo la mixtura hispano-lusa que caracteriza a tantas páginas de la obra de doña Carolina: el estudio y la edición de la obra castellana de un autor portugués.

6.— *Final*

Es necesario concluir. Quedan en el tintero todavía numerosos trabajos de tema español o castellano de doña Carolina, algunos tan importantes como los

⁶⁶ “Uma obra inédita do Condestável D. Pedro de Portugal”, *Homenaje a Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado. Estudios de erudición española con un prólogo de Juan Valera*, I (Madrid: Victoriano Suárez, 1899), 637-732. Hasta tal punto es oportuna la calificación de “libro encubierto” que acabo de hacer de este trabajo que es necesario consignar aquí su publicación exenta en ese formato: *Condestável D. Pedro de Portugal: Tragedia de la insigne reina Doña Isabel*. 2.^a edição revista [...], Coimbra: Universidade de Coimbra, 1922.

⁶⁷ Vid. Aida Fernanda Dias, prólogo a *Condestável D. Pedro, Coplas del menosprecio e contempto de las cosas hermosas del mundo* (Coimbra: Almedina, 1976), p. 15, nota. La ed. Fonseca es: Luís A. Adão de Fonseca, *Obras completas do condestável dom Pedro de Portugal*, Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian, 1975.

dedicados a las raíces portuguesas de libros de caballerías castellanos tan importantes como el *Amadís* o el *Palmerín*,⁶⁸ trabajos dedicados a *La Celestina*,⁶⁹ o aportaciones concretas sobre autores castellanos.⁷⁰ No hemos apurado, ni muchísimo menos, las presencias castellanas en las obras que doña Carolina dedicó a Camões o Gil Vicente. Tampoco hemos rastreado —es factible— los asuntos literarios hispánicos sobre los que en algún momento doña Carolina expresó intención de abordaje científico.⁷¹ Es decir, el recorrido que hemos efectuado, a pesar de su longitud y amplitud, no agota por completo —y ello dice mucho en favor de su devoción hispánica— la contribución efectuada por doña Carolina en el transcurso de los decenios a los estudios de literatura castellana.

Si alguna virtud puede tener todo lo dicho, tal vez pueda cifrarse en dos extremos. El primero de ellos, haber mostrado cómo en las dos épocas distintamente delimitadas en que cabe dividir la vida y la obra de doña Carolina la literatura española es una presencia continua. En la primera época, de joven romanista centroeuropea, con una dedicación a lo español muchísimo más amplia e intensa que la dedicada a lo portugués, con contribuciones estimables, pese a que la tierna edad de la autora y el estado precientífico de la filología española en aquellos tiempos no facilitaban las cosas. En la segunda época, la de esplendor y madurez de una gran investigadora, con un desarrollo de la filología peninsular ya digno de encomio —Menéndez Pidal, Leite de Vasconcellos; a otro nivel, menos estrictamente filológico, Menéndez y Pelayo o Foulché-Delbosc—, la dedicación a las letras portuguesas, que pasa a ocupar una posición indisputablemente central, proporciona, por las propias necesidades de un cabal entendimiento de los nexos y las zonas comunes de dos territorios lingüística, literaria, cultural e históricamente emparentados, valiosísimos datos acerca de la literatura española, en muchas de sus vertientes.

⁶⁸ "Etwas Neues zur Amadis-Frage", *Zeitschrift für Romanische Philologie*, IV (1880), 347-9; "Palmeirim de Inglaterra", *Zeitschrift für Romanische Philologie*, VI (1882), 37-63, 216-55.

⁶⁹ "Zwei Worte zur Celestina-Frage", *Zeitschrift für Romanische Philologie*, XXI (1897), 405-9, además de sus reseñas de la edición de Foulché-Delbosch de la *Comedia de Calisto y Melibea* (Barcelona-Madrid, 1900) y de la de Menéndez Pelayo de la *Tragicomedia* (Vigo, 1900), publicadas en *Literaturblatt für germanische und romanische Philologie*, XXII (1901), 19-32 y 32-38, respectivamente.

⁷⁰ Valgan como muestra "Zur Cidbáreal-Frage", *Romanische Forschungen*, VII (1893), 123-37, "Garcí Sánchez de Badajoz", *Revista Crítica de Historia y Literatura*, II (1897), 114-33, "Gracián e Sá de Miranda", *ibid.*, 212-3.

⁷¹ A vuclapluma, un vistazo al *Epistolario* de Marcelino Menéndez y Pelayo —ahora tan fácilmente rastreable merced a su edición en CD-ROM— permite localizar al menos un par de asuntos hispánicos en los que doña Carolina estuvo muy a punto de embarcarse.

Y el segundo extremo virtuoso de estas páginas nuestras viene a cifrarse, paradójicamente, en uno de sus defectos. La topografía crítico-literaria que acabo de levantar es vasta, prolija, demasiado extensa, e incompleta. Si tiene todas estas características es porque las aportaciones de doña Carolina Michaëlis de Vasconcelos al estudio de la literatura española son numerosas, importantes, densas, nutridas y perdurables, tal vez solo claramente superadas en su época por las imprescindibles de Menéndez Pidal y Menéndez y Pelayo, pero cercanas y a la zaga de ellas, y muy honrosamente comparables —y filológicamente casi siempre más solventes y satisfactorias— que las de nombres centrales del estudio de las letras españolas como los de Raymond Foulché-Delbosc, Alfred Morel-Fatio, Arturo Farinelli y muchos otros. Es muy cierto que la semilla sembrada desde el Centro de Estudios Históricos por don Ramón (y el afán de emulación subsiguiente) enseguida va a cambiar la fisonomía del canon de los historiadores y críticos de la literatura española, y que pronto los nombres de Américo Castro, Antonio G. Solalinde, Dámaso Alonso, Amado Alonso, José F. Montesinos, Agapito Rey, Rafael Lapesa y muchos otros, a partir de 1925 —hagamos coincidir la efeméride con la publicación de *El pensamiento de Cervantes*, de don Américo—, van a ahormar brillantemente los modos, maneras y métodos —con la filología y el historicismo como raíz— de los estudios literarios españoles del siglo XX, asentando una tradición de la que todavía lo mejor de nosotros es deudor. Pero eso es, desde luego, otra historia; volviendo atrás, si estas páginas sirven para demostrar y crear conciencia de esa situación de privilegio que por derecho propio ocupa la figura de doña Carolina en el elenco de quienes se han empleado en los estudios de literatura española entre 1875 y 1925, habrán sido de alguna utilidad.⁷²

Juan Carlos Conde
(Dept. of Spanish & Portuguese
Indiana University)

⁷² Es un placer agradecer desde estas páginas las valiosas orientaciones que tuvo la bondad de facilitarme el profesor Arthur L.-F. Askins (University of California-Berkeley) en las fases preliminares de la redacción de este trabajo. Agradezco también muy gustosamente los comentarios e indicaciones de diversa índole realizados, tras la lectura de este trabajo en el *Colóquio* por los profesores Dr. Aníbal Pinto de Castro (Universidade de Coimbra), Dra. Maria Manuela Delille (Universidade de Coimbra), Dra. Maria de Lurdes Correia Fernandes (Universidade do Porto) y Manuel Correia Fernandes (Escola Secundária Carolina Michaëlis, Porto). También agradezco muy especialmente a la Prof^a Dra. Maria Mercè López Casas, de la Universidad de Santiago, su generosa, rápida y eficaz ayuda en la consecución de un *item* bibliográfico para mí inaccesible.